Canje
"Les Temps Nouveaux
10 Rue Du Four
PARIS VI



EL OBRERO EBANISTA

Órgano del Sindicato Obreros Ebanistas, Sin[illegible]s y Anexos

ADHERIDO A LA F. O. R. A., F. O. L. DE B. A. y F. [illegible]

REDACCION: BELGRANO 2545 103 — BUENOS AIRES, MAYO 1º DE 1921 — AÑO XIII — NÚM. 103

Int. Instituut Soc. Geschiedenis Amsterdam

ANTE LA FECHA HISTORICA

Por J. A. SILVETTI

Llegados nuevamente al día en que los trabajadores hacemos un alto en nuestra labor de productores, para magnificar una vez más nuestra protesta contra la explotación capitalista, podemos constatar con profunda satisfacción la inmensa obra revolucionaria que en estos momentos llevan a cabo los proletarios de todo el mundo, acicateados por la visión de un orden nuevo que ya en Rusia cobró formas tangibles y que está en vías de cristalizarse en todas partes.

Nunca como ahora ha estado nuestro espíritu saturado de mayor optimismo. A ese estado de ánimo nos conduce la contemplación de un mundo convulsionado por la más aguda lucha de clases, a la cual aportan los trabajadores todas sus fuerzas, convencidos de que la batalla que hoy se riñe es la definitiva, la que coronará los esfuerzos de los trabajadores que disputan a la histórica clase enemiga la dirección de los destinos del mundo.

La sublevación comunista abatida en Alemania, la resistencia feroz y sanguinaria de la burguesía italiana al proletariado que avanza, la regresión de Hungría a la semimonarquía, la persecución sañuda del Estado español al proletariado de aquel país, no son signos de derrota proletaria sino episodios de una gran contienda sujeta a los vaivenes de toda guerra civil.

La pérdida de una batalla, de cien batallas, no implica la pérdida de la revolución. La revolución revive después de cada contrariedad con más pujanza, con más decisión, animada de incontenibles propósitos de victoria que ninguna fuerza podrá contrarrestar, por cuanto la revolución es connatural a los trabajadores que la alientan en sus entrañas, que vive en todos sus actos como una consecuencia de la condición social a que se les ha sometido.

Para vencer y suprimir la revolución sería menester suprimir la clase proletaria, antítesis de los propósitos de la burguesía que necesita de esa clase y de su sometimiento para seguir imperando, haciendo y deshaciendo a su antojo como dueña y árbitro de un sistema que le ofrece las ventajas de una vida parasitaria sin ningún género de sacrificios ni compensación de su parte.

Es, pues, la burguesía la primera interesada en mantener la existencia de la clase enemiga, sin la cual no podría vivir, y esa misma exigencia vital es la que le impide suprimir al enemigo histórico que terminará por dominarla y aplastarla.

En esta tremenda lucha las condiciones de la clase burguesa son de evidente inferioridad. Estrechamente unida su existencia a la de la clase trabajadora, todo intento para suprimir a ésta equivale a un suicidio. Por el contrario, la clase trabajadora se vigoriza con la supresión del enemigo y sólo a esa condición puede aspirar a su engrandecimiento y al absoluto dominio de las cosas.

Esa relación de dependencia será fatal a la burguesía. No pudiendo bastarse a sí misma porque es parásita y no creadora, porque toda su acción es de desgaste de energías provenientes de la clase enemiga, de la que necesita hasta para fabricar y esgrimir las armas a que recurre desesperadamente para prolongar su predominio, terminará indefectiblemente en un acorralamiento donde serán inútiles los escarceos bravíos y las tentativas de resistencia.

Por eso nuestra revolución marcha triunfante, y de ahí nuestro optimismo sobre sus resultados finales, no obstante esos reveses del momento, meros detalles que harán más grande y apreciable el anhelado triunfo definitivo.

Al referirnos a la revolución que internacionalmente realiza el proletariado, lo hicimos como quien comenta un hecho debido a nuestros esfuerzos; y eso, no obstante la identidad de propósitos y la igualdad de condiciones que nos unen al proletariado internacional, sólo es permitido hasta ciertos límites.

Que la clase obrera de un determinado país triunfe sobre el enemigo, no es razón que nos autorice a considerar tal triunfo como cosa propia. Ese triunfo pertenece por entero al proletariado que supo lograrlo mediante los sacrificios que la lucha impone y no a los parásitos de la revolución que ajustaron su conducta a un cómodo papel de contemplativos.

Unicamente cuando una acción semejante es empeñada en todas partes, y de la que nadie se excluye, se puede aspirar a una participación decorosa del triunfo, que así puede ser orgullo de luchadores y no de indebida apropiación realizada por pusilánimes.

Nosotros los trabajadores de esta región caemos en la situación de los contemplativos. Hemos observado y aplaudido el movimiento revolucionario victorioso de Rusia y el que está a punto de serlo en Europa toda, pero de nuestra parte no hubo un solo esfuerzo que nos acredite como dignos copartícipes de esa acción.

La revolución no ha logrado encadenarnos a su curso. Voluntariamente nos hemos aislado de los grandes acontecimientos mundiales, porque voluntariamente hemos creado las causas que ahora nos fuerzan al aislamiento. Hemos reducido nuestra misión a una baja cuestión de banderías que, al dividirnos, paralizaron nuestro proceso orgánico anquilosándonos para la acción. Y ahora, cuando el proletariado internacional se lanza al asalto definitivo, nosotros damos el triste espectáculo de unas fuerzas disgregadas que recién se aperciben de la necesidad de la unión para cumplir con el deber que impone el momento histórico.

Este es el lado malo del proletariado de la región. No se señala él por su cobardía, por falta de disposiciones para la lucha, ni por incomprensión de su rol revolucionario. Estas cualidades abundan y de ellas dan pruebas esos ricos episodios revolucionarios que periódicamente se registran, aunque de manera aislada y sin concierto, en todo el territorio de la república. El defecto es de organización, de quebrantamiento orgánico motivado por ese error fundamental que adjudica a varios términos, generalmente vacíos de sentido, un valor que sólo reside en la acción cuando es producto del conjunto disciplinado.

Este Primero de Mayo nos sorprende sobreponiéndonos al error que por tantos años nos mantuvo divididos. Es un gran progreso que, hace un año, menos aún, no se vislumbraba siquiera. El "proletariado unido" era entonces una concepción del género de las utopías, pero hoy empieza a ser realidad por impulsión de esos hechos revolucionarios europeos a los cuales debe el proletariado organizado sus sentimientos unionistas. Es que una vez más la realidad palpitante se impone a los preconceptos que mantenían las divisiones, y ella ha de ser en definitiva, la que en la unión del proletariado cimentará la necesidad de confundirse con el movimiento europeo para adquirir el derecho de participar en sus triunfos, al par que conquistar la propia emancipación en esta parte de América, que no llegará por sí sola como una fatalidad sino como resultado de la lucha heroica llevada a su fin por todos los trabajadores mancomunados.

El mejor culto que este año podemos rendir a la histórica fecha es el de la propia organización. Y si votos formulados en ella por los trabajadores, tienen, en cuanto a su cumplimiento, la virtud inquebrantable de los que formulaban ante el altar de sus dioses los antiguos creyentes, no dejemos pasar nuestro gran día sin ofrendarle los nuestros, que son de unión entre todos los trabajadores sin distinción de razas ni creencias.

Los estudiantes

Los estudiantes vienen haciendo su revolución. Iniciado en Córdoba ese movimiento destinado a barrer disciplinas anacrónicas y sistemas de enseñanza apolillados por lo viejo, bien pronto la ola renovadora invadió todos los centros universitarios, desalojando profesores fosilizados para terminar imponiendo una voluntad que hasta ahora era desconocida. Los estudiantes ya tienen opinión y con ella el derecho de contralorear las acciones y las aptitudes de los profesores elegidos para desempeñar funciones de tan alta responsabilidad.

El último movimiento estudiantil fué el de La Plata. Como había ocurrido en otros centros similares, un presidente se creyó en el derecho de proceder a su antojo, creando situaciones difíciles e indecorosas a profesores altivos y respetados, y clausurando la universidad cuando sus propósitos fallaron. Desde luego, se trataba de una autoridad reaccionaria, encarnada en una de esas personas para las cules toda función, aun las universitarias, constituyen un recurso de conservación social en beneficio de privilegios injustos e irritantes.

Los estudiantes se opusieron al abuso. Unieron sus voluntades y lograron batir al enemigo tomando por su cuenta el desconocimiento de una clausura que les ofendía.

En todo esto hay una corriente de ideas nuevas, fruto de la época que en todas parte ofrece signos inequívocos de que se está operando una profunda transformación social.

Nos felicitamos de que haya estudiantes empujados por esa corriente renovadora. Ellos son, ante nosotros los trabajadores, los encargados de borrar aquel repugnante recuerdo del Centenario, reivindicando para sí acciones más nobles que las de incendiar imprentas, destruir bibliotecas obreras y gritar, ebrios de patriotismo: "¡abajo los trabajadores!"

El periódico industrial

La evolución de la prensa ha seguido un doble proceso inverso: por una parte, ha experimentado un gigantesco desarrollo material; por otra, ha sufrido una lamentable degeneración espiritual.

Mientras a la prensa no se aplicaron los elementos de la gran industria, las máquinas enormes, los talleres repletos de gran número de obreros, los grandes capitales de la prensa eran asequibles aun a los que iban movidos por un fin político, literario, científico o educativo, y nunca, o en último término, con un propósito económico. La invasión de la prensa por la gran industria va excluyendo de sus dominios a los hombres de móviles ideales. Hoy la prensa tiende a ser una industria que tiene por objeto el fin propio de toda producción industrial: la máxima utilidad económica.

Antaño la prensa pertenecía a un orden análogo al de las artes. No tentaba a los capitalistas, como todavía no les tienta la industrialización del arte de hacer versos o de pintar cuadros o componer música. Aunque es de temer que todo se andará, pues poco a poco vamos viendo cómo el capitalismo absorbe más y más estas artes; ya hay poetas y escritores que escriben, dibujantes que dibujan y pintores que pintan en honor de cualquier producto industrial. Yo no desespero de oir algún día una ópera o sinfonía compuesta para enaltecer cualquier jabón maravilloso o cualquier mágico específico contra la reuma.

Pero actualmente la prensa es quizá una de las tentaciones mayores del capitalismo, no sólo por los rendimientos directos que puede producir, sino por la influencia social y política que engendra a sus empresarios, influencia que, a su vez, cabe reducirse a factores económicos. En la época moderna un capitalista considera la fundación de un periódico con la misma seriedad y solicitud que la explotación de una mina, el trazado de un ferrocarril, una traída de agua u otro negocio cualquiera. Un fabricante de jabón y agua de azahar, por ejemplo, quiere transformar su industria o invertir en otra el capital sobrante. Y se le ocurre fundar un diario. No sabe escribir, pero con su dinero adquirirá plumas que escriban lo que él quiera. No sabe lo qué es un periódico compuesto de gentes solidarizadas en una comunión ideal; pero conoce el modo de organizar y dirigir una fábrica y aplica este criterio autoritario y mecánico al funcionamiento de un periódico. No tiene idea alguna, es inculto, es trivial, es incapaz de ninguna elevación de espíritu; pero no importa, su función, como capitán de industria, se limita a ofrecer cada día al público lo que el público pide o vagamente desea; cumple a la perfección la ley de la oferta y la demanda.

Cierto público, el que mejor paga—es su mercado—pide un día un buen suministro de productos patrióticos, o antirrevolucionarios, o de odio al pícaro extranjero, o de religiosidad. Pues nuestro hombre, después de pulsada la opinión pública, llama a sus obreros cerebrales y les dice:

Fulano, escriba usted un artículo enalteciendo el sagrado nombre de la patria (no se olvide usted de escribirlo con mayúscula); Mengano, un artículo diciendo que hay que decapitar la hidra de la revolución; Zutano, no se olvide de dar un pinchazo a esa corrompida Francia o a esa pérfida Inglaterra; Perengano, aunque usted y yo, como hombres superiores, nos ríamos ruidosamente entre nosotros de esas ñoñeces del culto, hágame un artículo contra la impiedad creciente y sobre la necesidad de poner dique a las demasías heréticas, sobre todo cuando proceden de gentes indefensas como las de la clase obrera...

El periódico puramente industrial no llevará al mercado nada que no sea grato a su clientela. En la historia de la prensa no hay periódico verdaderamente grande, que por defender un principio, no haya sufrido alguna vez las adversidades de la impopularidad. El periódico industrial, nunca. Para él no hay principios, sino bajos instintos populares que satisfacer. Para él no existe la ingrata misión de educar, de combatir errores, prejuicios y malas pasiones del lector, sino la única función económica de halagarle, de perpetuar su ignorancia, de evitarle la enojosa tarea de pensar, de envenenarle aún más el alma con el odio y la intolerancia hacia quien no piense como él o no pertenezca a su país.

Pero el periódico exclusivamente industrial no se conforma con esto. Como toda industria, aspira al monopolio, a ejercer una verdadera tiranía sobre todos los demás periódicos y en último término sobre la nación entera. Pretenderá, con esa insolencia que presta a los hombres incultos, esto es, indelicados, el poderío económico, que los demás periódicos giren en torno de él como pobres satélites sin autonomía alguna. Querrá que se muevan en danza grotesca a compás de sus ideas estrechas, de sus sentimientos innobles, de sus propósitos utilitarios. Temeroso de que la libre crítica dañe a su mercancía, perseguirá por todos los medios, sin excluir los más viles, a los que combatan su monopolio. Si son escritores, tratará de que todos los demás periódicos les cierren sus puertas; si son políticos, los atacará solapada o insidiosamente y acaso llegue al punto de dar órdenes severas para que en sus columnas no se mencionen jamás sus nombres.

Este es el peligro de un periódico plutocrático. Todo monopolio es siempre peligroso para una sociedad. Monopolio quiere decir tiranía. Los Estados Unidos nos han puesto de relieve, como ningún país europeo, los inmensos riesgos de una producción a base de monopolio, no por gracia gubernamental, sino a base de ese otro monopolio que es el resultado natural, libre e indomable de un intenso desenvolvimiento económico. Una industria cualquiera en que por virtud del sistema de los trusts no hay competencia posible, significa una tiranía económica, pero rara vez traspasa la linde de lo económico. Podrá llegar a ejercer poderosa influencia sobre la política, pero es raro que pretenda invadir las zonas más íntimas y recónditas del espíritu humano.

En esto estriba la amenaza de la plutocracia periodística. Lo de menos sería que un periódico industrial anulase otros periódicos en tanto que meros factores económicos; lo grave es que, mezclados con estos factores económicos, pueden desaparecer factores espirituales, o sea plumas independientes, críticas indomables. El industrialismo periodístico tiende a matar al escritor libre, al hombre que ve en el periódico una escuela o un arte, nunca una fábrica. La prensa industrializada es un hondo peligro social, pues pone en manos de hombres de baja mentalidad un arma terrible. Convertido un periódico en industria, el espíritu de los que lo componen se reduce a materia elaborable a capricho del empresario, y la opinión pública se transforma en un mercado que hay que conquistar por todos los medios del anuncio y del trabajo.

Luis ARAQUISTAIN.

Un Congreso en Italia de obreros desocupados

Los obreros italianos que responden a la Confederación General del Trabajo han efectuado un congreso para tratar la grave cuestión de los desocupados a consecuencia de la crisis industrial.

Aún no se sabe a ciencia cierta cuáles son las resoluciones emanadas de ese congreso; pero, el carácter de la institución que lo ha celebrado, y sobre todo el de sus funcionarios y jefes, permite suponer que cualesquiera que sean las resoluciones tomadas sobre la desocupación, ellas no reportarán a los trabajadores ninguna solución práctica.

El mal es muy grave, pues se trata de una

crisis inherente al régimen capitalista, en bancarrota económica después de la guerra, y al cual se agrega otro mal no menos grave, si bien de índole distinta, y que radica en la indecisión de los elementos que dirigen la Confederación, políticos todos y diputados una parte de ellos.

Quienes dejaron perder una revolución que casi era ganada, no van a buscar soluciones a la crisis en otra revolución. Y sin embargo, sólo una revolución que lleve a una distribución igualitaria del producto del trabajo, podría en Italia, como en cualquiera otra parte, bastar par las causas de la presente crisis y de las venideras.

A esto se oponen los que el año pasado aconsejaron a los trabajadores la entrega de las fábricas a los burgueses, fundándose en el socorrido argumento de todos los políticos y por el cual los trabajadores no están aún preparados para realizar su emancipación.

¿Cuándo lograrán los trabajadores esa preparación que les falta, según el decir de los políticos?

Nunca; porque para adquirir una preparación de dirección y administración en el orden social, es menester un previo aprendizaje en los puestos que hoy ocupa la burguesía, para cuyos efectos es menester desalojarla, y a esto se oponen vivamente los "representantes de los trabajadores".

No asumiendo la responsabilidad del director, el obrero nunca tendrá la oportunidad de poder desempeñarse como un director, puesto que su eterna posición es la del dirigido.

Esto es tan elemental, que sólo la ceguera, o el interés, no permite a los jefes de referencia el comprenderlo.

Lo que se puede pretender de los trabajadores es la preparación necesaria para apoderarse de las fuentes de producción. De que no carecían de esta preparación los obreros italianos, dieron buenas pruebas oportunamente. La otra preparación viene luego imponiéndose como lógica consecuencia de un encadenamiento de hechos.

A pesar de todo, en el sentir de los directores de la Confederación el golpe no debía darse y no se dió; los trabajadores cedieron a las inspiraciones de los jefes, quienes, ante la presente crisis pensarán que los obreros no están preparados para más que no sea pasar hambre y a eso deben sujetarse.

Estos hombres son los que patrocinaron el congreso que nos ocupa, para tratar de una cuestión que, si les preocupa, ha de ser en el sentido de no resolverla.

Ya tenemos conocimiento de la síntesis de un manifiesto relacionado con este asunto—gracias a la celeridad de la información burguesa—y por la cual sabemos que D'Aragona, Buozzi y Cía., aconsejaron mucha calma a los trabajadores, mucha paciencia, y, como una ironía, recomendaron de que no se hagan huelgas.

¡Paciencia y calma en el pasaje del hambre! ¡Qué bien hablan esos burgueses!

Con semejantes gentes, animadas de tales propósitos, los trabajadores italianos pueden esperar sentados a que lleguen sus pastores a regalarles la emancipación!

La osadía de la verdad

Seamos osados en la verdad, tengamos la tranquila valentía de quemar cuando sea necesario, lo que hemos adorado. Tal debe ser nuestra actitud de hombres que piensan. Comencemos por no inclinar más la cabeza delante de los fetiches.

Las banderas nacionales, con sus diferencias ridículas de colores abigarrados, han flotado durante todo el curso de la historia, las unas contra las otras, sobre multitudes de masacrados, sobre generaciones de cadáveres, sobre inmensidades de ruinas y de cementerios. Ellas simbolizan la idea de patria, no en su forma pura y filial, que no tiene necesidad de enseñas, sino en su forma agresiva y voraz. Es gracias a ellas que los intereses separatistas, y sin embargo, fraternalmente concurrentes, de las clases dirigentes nacionales, han podido enconarse hasta hoy, no solamente con impunidad, sino también con gloria. No son más que las etiquetas visibles destinadas a hacer creer, contra el sentido común, que los rebaños humanos, difieren los unos a los otros y han sido hechos para destrozarse. Las palabras inscriptas en letras de oro sobre esas banderas, que se les enseña a venerar a los hijos de los esclavos, son los nombres de las grandes matanzas históricas, santifican la rapiña, la exacción y el asesinato, son los ídolos triviales de esas cosas. *Un hombre bueno, un hombre sano, un hombre razonable, no debe saludar las banderas.*

La bandera roja, sobre la cual se lanzan las hordas policiales y las asechanzas de los poderosos, significa la fraternidad organizada de los hombres y el odio al odio. Las banderas rojas que los pueblos tomarán en sus manos los unos tras de los otros, si quieren sobrevivirse mucho tiempo, se parecen entre sí como se parecen todos los pueblos, y como se parecen todos los hombres. Hay innumerables intereses comerciales que se chocan; hay una sola bandera roja, como hay una sola especie de sangre humana, una sola justicia y una sola verdad.

E. BARBUSSE.

Se impone la unidad del proletariado

VERGONZANTE GUERRA

Se impone, en estos momentos, una serena y honesta reflexión de parte de las masas productoras organizadas. Con la responsabilidad propia de trabajadores sindicados, con la responsabilidad sincera que debe caracterizar todos nuestros actos, debemos lanzar en estos momentos históricos una mirada retrospectiva.

Conscientes de los momentos graves que vivimos, debemos aquilatar los valores que poseemos y decidirlos a la acción por la ruta más conveniente. Una lucha intestina entre el proletariado se ha desarrollado. Guerra alimentada y estimulada—con toda seguridad—por la clase capitalista. Pues a nadie más ha podido beneficiar.

Ninguna de las tendencias ideológicas o doctrinarias que han participado en la refriega diaria, seguramente en nada se han beneficiado.

Muy al contrario. Esa misma lucha fratricida ha creado odios, ahondado rencores, dividido más las fuerzas revolucionarias. en fin, labró un abismo inmenso entre una misma clase de explotados. Para nada servía el ver que todos son explotados por igual, que la tiranía se ensaña en la misma forma y con el mismo rigor en todos; que los intereses son los mismos; que los derechos son idénticos; para nada sirvieron estas comparaciones que fluyen por sí solas ¡Los trabajadores se conformaban con ver a su adversario en ideas derrotado! ¡Su única satisfacción era ver que el adversario no triunfaba!...

Mientras tanto la burguesía satisfecha, contemplaba la guerra fratricida y aumentaba el rigor de la explotación y el oprobio.

Todas esas enseñanzas de esta prolongada contienda no deben pasar desapercibidas. Hemos venido contemplando esta lucha, que degeneraba muchas veces en refriegas sangrientas. ¿A quién favorece? ¿Quién ha sido beneficiado? ¿A quién puede favorecer esta lucha? ¿Quién puede seguir estimulando esta era desgraciada? Nadie más que la burguesía ha de estar interesada en la prosecución de estos hechos. A nadie más que a ella pueden favorecer.

No podemos admitir que sinceramente se desee la unidad del proletariado queriendo imponer y someter la acción sindical de clase a la voluntad de cualquier tendencia ideológica o política.

La burguesía tiene sus agentes en las organizaciones obreras y ellos fácilmente adoptarán poses "revolucionarias" y tenderán a dividir a los sindicatos obreros.

¡Debe cesar la guerra fratricida, y el que se oponga, sea de la tendencia que sea, debe reducírsele a silencio!...

VIOLENCIA DE ARRIBA

Mientras esta guerra a muerte se ha venido desarrollando en el seno de la clase obrera, la burguesía y sus instituciones han aprovechado tan bella oportunidad para descargar todo el peso de su tiranía sobre la clase productora.

La clase capitalista, astuta y bien organizada, ha fomentado indiscutiblemente esta lucha intestina entre los explotados; y no ha cesado en su persecución sistemática y encarnizada contra todo propósito rebelde: las organizaciones fogueadas, los militantes perseguidos, el derecho a pensar y escribir con libertad ha sido un mito. Y así es como hemos visto triunfante y gozosa a la burguesía que, bien organizada, lograba hacer triunfar sus planes reaccionarios.

Apenas surgía el espíritu de rebeldía en cualquier lugar con el sano propósito de organizarse y ser un digno productor, era combatido con todo ensañamiento.

Y es así como hemos podido contemplar que todo propósito revolucionario terminaba con un estéril sacrificio para nuestros hermanos, por la misma disgregación de los valores revolucionarios que tiene en potencia la masa obrera.

En todo el país se ha venido desencadenando una reacción bárbara que no tiene nombre y que habla muy poco en favor de los "santos postulados de nuestra democracia".

Así, en el Chaco como en Misiones, Santa Cruz, Entre Ríos y demás provincias y gobernaciones de nuestro país, hemos contemplado las sangrientas luchas mantenidas por nuestros camaradas, y que en casi todos los casos esos trabajadores se han encontrado aislados frente al poder de las bayonetas y a la razón del winchester.

Todos los paliativos legales han sido violados descaradamente por sus mismos sostenedores; y no ha habido más razón que la del winchester, que, empuñado con decisión y coraje por los trabajadores, tuvieron que hacer frente a un formidable enemigo, bien organizado y bien pertrechado, que obedecía fielmente a los dictados de la Liga Patriótica que, a su vez, está supeditada a la voluntad de la asociación del "trabajo", la cual está compuesta por los grandes magnates del capitalismo inglés.

Todos estos hechos son las lecciones más prácticas y fructíferas que podemos recoger.

Mientras los trabajadores se pelean, el capitalismo se apronta y fortifica sus posiciones. Y además de tener el Estado en general, la magistratura,, etc. en su favor, organizan una guardia pretoriana que persigue a los militantes obreros, reemplaza a los huelguistas, en fin: una guardia blanca.

Las libertades que dicen poseer las democracias, han desaparecido; las fuerzas en pugna están libradas a sús propias fuerzas y medios, no hay leyes ni códigos que puedan poner una valla a esta situación; la burguesía observa que cruzamos un momento histórico donde su armazón carcomido se tambalea; su situación es, pues, de defensa de posiciones, pero que también tiene asumida una ofensiva enérgica para mantener su dominio amenazado. Los momentos no son de razones ni de palabras, son momentos de acción, de fuerza.

Es bueno, pues, que ante esta violencia de arriba que permanentemente soportamos, sea contrarrestada por una fuerza poderosa de productores que posea un elevado sentido moral y de responsabilidad en estos momentos de prueba.

Con la unidad del proletariado, o cesa la violencia de arriba... o la violencia de hoy se tornará mañana en guerra civil permanente.

Esa es la verdadera situación del momento. La violenccia ejercida hoy con tanta crueldad y rigor, ha de engendrar un estado de espíritu tal, que ha de traer por ello mismo el día de la revancha...

La unidad se impone por sí misma.

LO QUE SE IMPONE

Analizada, lo más brevemente posible, la verdadera situación del proletariado de nuestro país, creo oportuno poner un broche final a este artículo, con dos palabras sobre la unidad de los trabajadores y lo que se impone en la actualidad en bien de nuestra clase.

No quisiera ser agresivo para nadie, pero si observamos que hay individuos que se oponen a la unidad obrera, ¿qué hacer?

Siempre ha habido divisionistas; hoy también frente a la aspiración de unidad, se opone gran cantidad de elementos que ,lo dicen sin rodeos, no quieren la unidad.

Se impone inteligencia, serenidad y valentía de parte de los trabajadores que aman la unión de su clase.

Hay que ser inexorables con todo el que se oponga a la unificación. No podremos admitir que en nombre de la anarquía, del sindicalismo o del socialismo se divida.

Creemos, pues, que la unidad del proletariado es impostergable, que es necesario realizarla, también es necesario que las añejas discusiones sobre si es o no conveniente colocarle rótulo a los sindicatos desaparezcan. El capital únicamente ha de beneficiarse.

¿Un sindicato obrero es más revolucionario porque se llame anarquista? ¿Se puede pensar, por ventura, que una organización posee más espíritu combativo teniendo el rótulo de anarquismo que otra organización que no tenga rótulo ninguno, pero que sí sea apalítica y tienda a la desaparición del capitalismo? .

No podemos ni por un momento llegar a concebir que un sindicato obrero sea más combativo, más revolucionario por el solo hecho de que diga: "aquí se propaga el comunismo anárquico" o "aquí se propaga el socialismo".

Con colocar un letrero que anuncie la propaganda de tal ideología, nos parece hasta infantil y ridículo creer que un carnero por eso mismo se va a despojar de sus prejuicios y va a tomar el derrotero que anuncia un letrero colocado en el frontispicio de la organización.

Con tal o cual rótulo al frente de la organización o sin él, el que es anarquista será anarquista siempre; el que es católico será católico siempre, y no va a influir ello en absoluto en la conciencia de los individuos.

Estas no son solamente afirmaciones que hacemos nosotros, ya robustas y esclarecias mentalidades maestras del anarquismo y de toda tendencia lo han afirmado. Lo han afirmado Anselmo Lorenzo, Malatesta, Fabri, Bakunine y tantos otros. Y, sin embargo, aquí surgen elementos que en nombre de la anarquía nos quieren mantener en este estado caótico y desgraciado.

Esperamos, a pesar de todo, que los buenos, sinceros y explotados anarquistas de verdad sepan obrar mejor que los que así enlodan un ideal.

Pretender imponer un particular punto de vista en esta guerra de clase a clase, es coartar la libertad, tan respetable, de los demas obreros que no comulgan con nuestros especiales puntos de mira. Y no podemos admitir que en nombre de la libertad se coarte la libertad de hermanos explotados.

La clase obrera es una e indivisible, como una e indivisible debe ser la fuerza que se imponga a la avaricia y desmanes capitalistas.

Los trabajadores nos identificamos por nuestros intereses y derechos comunes.

Nosotros somos oprimidos y explotados a título de obreros, y nosotros luchamos y combatimos a título de obreros también.

Nunca hemos visto huelgas ni luchas en las fábricas y talleres que se hagan en nombre de una tendencia determinada.

Por esto mismo es necesario que cese esta polémica permanente, que se mantiene para sostener tal o cual rótulo en los sindicatos; si es que en realidad anhelamos la unidad de las fuerzas revolucionarias.

La clase capitalista se une como clase para la defensa de sus intereses y derechos de clase privilegiada y no pierde el tiempo en discusiones bizantinas de si conviene aquella tendencia o no. Ellos se unen, se arman, se organizan; y nosotros... discutimos, discutimos, discutimos; charlamos y más charlamos: estas son las poderosas armas que abundan entre los proletarios.

Debe cesar este estado caótico, anormal, desgraciado y de estancamiento.

¡Todos por la Unificación y contundencia para con los opositores!

Aurelio A. HERNANDEZ.

Una constatación peligrosa

"La Vanguardia" moderó sus ataques a la Liga patriótica. Si a esto se agrega que rara vez el órgano socialista efectúa los ataques que antes eran sistemáticos para las huestes de Carlés, llegamos a la conclusión de que algo le debió ocurrir al diario de referencia.

¿Mediarían amenazas por parte de la Liga, o halagos, que para muchos efectos reportan mayor utilidad que las amenazas y aun la violencia?

Al parecer nada de eso hubo. El único que podía determinar ciertas actitudes a la Liga es Carlés, dada su índole de jefe, y éste no es tonto al extremo de no comprender que hay papeles bien representados, contra los cuales sería torpeza proceder.

"La Nación", que carece de la habilidad de Carlés, fué la causante "del barro", que hizo enmudecer a su colega. Este diario fué quien advirtió a "La Vanguardia", después de un ataque a fondo que ésta había llevado a la Liga, que no era correcto el conceptuar tenebrosos a los miembros de una institución patriótica fundada y sostenida por razones de "or-

El sindicalismo en la Argentina - Su origen y desarrollo

Por **LUIS LOTITO**

Se habló por vez primera de Sindicalismo en este país, por el año 1904. Antes no se conocía ni el término, que fué resistido por diversas fracciones obreras que actuando en campos partidistas querían desviar las fuerzas obreras hacia las agrupaciones extrasindicales.

El espíritu sindicalista encontró oposición muy grande. No se le entendía y se le confundía con el corporativismo. Se oponían también a él los bandos cerrados y hechos a modalidades preexistentes.

Nuestro movimiento obrero tomaba las características netas del movimiento obrero español, con una organización gremial política y otra antipolítica, en disputas irracionales que los hacía enemigos irreconciliables.

Nuestra obra consistió en suprimir la política de uno de los bandos, cosa lograda pronto, y en unir a las dos fracciones. Esto nos pareció tarea fácil, partiendo de nuestra concepción revolucionaria y de clase.

Sostenía el reducido núcleo sindicalista, que los obreros, fuese cual fuese su tendencia ideológica o partidista, como obreros formaban un solo cuerpo, igualmente explotado y perseguido.

Este concepto, ya muy difundido, era considerado un absurdo, una quimera irrealizable. Se nos acusaba de ilusos, con argumentos simples, fundados en la vieja condición de espíritu del obrero organizado.

Se decía "que unir a socialistas y anarquistas era querer unir a perros y gatos". No se veía la clase, sino los bandos en que se subdividía el proletariado.

A nuestra campaña unionista se oponían los viejos prejuicios y argumentos, haciendo cada bando opuesto la historia de acuerdo con sus pasiones y conveniencias.

Pero la lógica sindicalista se abría camino y la organización sindical comenzó a encaminarse por nuevos rumbos.

Descartada la influencia política y electoral, primó el principio de la acción de clase y de la huelga general, antes resistida tenazmente por una parte, y practicada en forma errónea por otra.

Quedaba el obstáculo del ideologismo, que extraviaba a los obreros más que la misma política. En nombre de un doctrinarismo erróneo se combatía la concepción de la lucha de clases y se llegó a negar la existencia misma de las clases, incurriendo en una desviación que hubiese sembrado la confusión en el campo proletario, sin la obra propagadora del Sindicalismo, que venía a restablecer sobre bases materiales inconmovibles, el problema social, librándolo de las abstracciones ideológicas que confundían en la misma obra a burgueses y proletarios.

Obreros de todas las tendencias vieron sus cuestiones con una nueva luz. El Sindicato,—llamado gremio,—fué siendo comprendido como es en su esencia: el ordenador de las fuerzas de la revolución, el educador del proletariado, el germen estructural de la futura sociedad de productores libres.

Anteriormente, los mismos obreros militantes, consideraban a la sociedad de resistencia una organización transitoria, con fines estrechos y limitados, que debía estar subordinada al partido o al grupo ideológico. La organización profesional no era sino un accesorio del partido o grupo que lo patrocinaba, y su mérito consistía en servir a ellos. En cuanto no servía para esto, se le consideraba nulo o perjudicial, y se llegaba a hacerle una guerra destructora.

Fijando así la misión del proletariado organizado, la división en su seno era una consecuencia irremediable y lógica. ¡Qué filosofía abstrusa la que así subvertía los principios revolucionarios de clase! Los más grandes errores teóricos y prácticos eran elevados a la categoría de dogmas.

De ahí derivaban una serie de errores tácticos que tenían encerrado al proletariado en un círculo vicioso. Por una parte, ambas fracciones sostenían el lema: "Proletarios de todos los países, uníos", y hacían filosofía y elevaban a sistema la división; por otra parte, los dos bandos repetían: "La emancipación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos", a la vez que declaraban incapaz a la organización que era la suma expresión del obrero organizado, para hacer efectiva la obra de emancipación, y se le indicaba, por unos, que ésta se hacía por medio del Estado después de su conquista mediante el sufragio universal, por el partido obrero; y por los otros, mediante planes ideados por profesionales del pensamiento—intelectuales—que se harían prácticos por medio de grupos de afinidad. Esta afinidad era de ideas, no de condiciones de clase, no de identidad material, generadora de una organización solidaria y uniforme, completa e inteligente, por gremios o industrias, talleres, federaciones, etcétera, que son la urdimbre nueva que sale de la propia organización económica, como del huevo sale el pichón, futura ave que surcará los espacios en raudo vuelo.

Ellos querían sacar la nueva organización social del poder político o de los grupos ideológicos, como si de una academia de avicultura y de sus textos pudiese salir el pollo.

La desviación no era de forma; lo era de fondo, y contra ella vino la reacción sindicalista, a restablecer el problema sobre su terreno material: la lucha de clases y la organización del trabajo.

Hoy constatamos que el término Sindicato se ha generalizado, que el Sindicalismo es el terreno que nos une y nos prepara a todos. Ya no es el campo donde venimos a dividirnos, sino a unificarnos.

Y todos, más o menos, se sienten influenciados por la nueva concepción.

La revolución rusa, al llamar a los sindicatos para la reconstrucción económica, ha dado más luz sobre nuestra concepción. Ya todos saben que el Sindicalismo no es un partido, que es la concepción de la clase en sus esfuerzos gigantescos por crear su forma social y económica nueva.

Y esta concepción es la que llevará la unidad a todos, que se va realizando aun en medio de la confusión de la lucha.

Diez y seis años de propaganda y acción debían dar su fruto, y lo dan. No está todo hecho ni se han vencido todos los obstáculos, pero se van venciendo. Nada hay concluído, porque la vida no termina nunca, pero se marcha y se va haciendo obra.

El "grupito microscópico"—como se nos denominaba queriendo ofendernos pero lisonjeándonos a nosotros en lo más íntimo de nuestras fibras—es una legión que abarca todos los confines del país, desde la Patagonia al Chaco.

No es obra nuestra solamente; es de todos. Son muchos los que como obreros organizados eran sindicalistas a pesar suyo.

Sigamos colaborando igual, trabajemos juntos, aun en medio de los enconos y diferencias diarias, y así llegaremos a crear la futura grandeza humana en una organización de libres productores.

Despreciemos por insignificante la calumnia que se levanta frente al concepto de la buena obra, como el agricultor desprecia a la yerba parásita que va pisando mientras siembra la buena simiente

Sembremos a manos llenas, con la misma fe de los años idos, que cuando cansados de la labor creamos ese esfuerzo perdido, es cuando la cosecha se presentará más pródiga que nos lo hiciera presentir el entusiasmo de los primeros años de la juventud.

Y cuando exhaustas nuestras energías creamos la obra abandonada, otros empuñarán las herramientas que caen de nuestras manos, y multiplicados por mil seguirán la obra con más éxito y en más vasta escala.

La heredad del Sindicalismo es inmensa y lo será cada vez más en el porvenir.

La vida tiene sus fases complejas, sus períodos críticos, pero éstos señalan renacimientos próximos. En medio de la confusión reivindicamos la verdad fecunda del concepto de la lucha de clases, y hoy sale vencedora esa verdad inalterable, y frente a la incapacidad tan pregonada del proletariado surge éste con una potencia social que domina por momentos a todos sus enemigos en conjunto, hasta que de sus nuevos impulsos obtenga la caída definitiva de un régimen social que vive sus últimos años y asienta sobre el mundo la potencialidad del Trabajo y enarbola para no arriarla jamás esa bandera roja que tremola frecuentemente sobre fábricas, minas y astilleros.

---

rridos por el fuego de las ametralladoras en poder de los obreros.

La patota "fascista", compuesta de tenebrosos y de todos los que "honradamente viven" del vicio, sólo aparece audaz y bravía cuando se la ampara con la irresponsabilidad. Estos ejemplares degradantes de la especie humana no son de hoy, ni han surgido cual hongos después de un aguacero. Giolitti se ha servido de ellos toda vez que los necesitó, durante su actuación al frente del gobierno, porque Giolitti es la personalidad más abyecta de todas las que han gobernado a Italia.

¿Adónde llegará la impunidad maleante de los "fascisti"? No es ciertamente con las informaciones arregladas para el uso y consumo de la prensa capitalista mundial, que hemos de medir las "azañas cívicas fascistas". Como la crisis en Italia no ha llegado a su punto álgido, tendremos que ver hasta dónde pueden llevarse los desmanes de la pandilla tenebrosa. El día que la paciencia obrera se vuelva furor, veremos cómo desaparecerán esos elementos que tienen sus guaridas en las suburras de Italia. Los cuales deben la temeridad de sus crímenes y de sus fechorías al estímulo de la burguesía más vituperable del mundo.

El cuarto de hora de histérica celebridad de los "fasci", va a sonar: estamos seguros. ¡Oh, cómo los veremos fugar al sólo asomo de una enérgica acción conjunta del proletariado italiano!

El mafioso, el camorrista, el tenebroso„ he aquí los nacionalistas de nuevo cuño que burguesía y gobierno apoyan y protegen en su celo de salvar el "prestigio de la victoria".

¿En dónde estaban esos dos millones de "fascisti" regimentados cuando el pecho de los obreros fué blanco de la metralla austriaca? Sin duda, vivaqueando en los lupanares. Claro, han sido reservados para la tarea reaccionaria. Son una vieja consecuencia de Giolitti, patriota rehabilitado por la necesidad.

¿Es posible que todo ese ludibrio de hombres y de instituciones puedan continuar desafiando impunemente las miserias, los sufrimientos y los dolores del proletariado itálico?

No lo creemos. Y como todo tiene límite, seguramente no tardará el día de su "santo" a los tenebrosos y emboscados que forman las huestes "fascistas".

R.

El parto de la montaña

¡Cosa interesante! Habría provocado el humorismo de Aristófanes o de Terencio; hay material para una escena del teatro satírico. Pregonando el advenimiento de la nueva era, se ha perdido un tiempo precioso en los años que sirvieron de epílogo a la guerra: las miradas se dirigen a todas partes para ver de donde vendrá por primera vez en la historia el esperado y mesiánico "Soviet". Ese Soviet que haciendo tabla rasa de la política de los partidos, sustituyendo al problema "cuantitativo" del número electoral por el problema "cualitativo" de los productores contra los improductivos, habría inaugurado al pie de los Alpes la nueva era, la era soñada por Dante...

Las miradas todavía están dirigidas al mismo sitio, y aparece algo "nuevo": ¡Un partido! ¡El partido "comunista", haciendo mayor la Babel de las lenguas, con muchas "promesas" que se agregan a las ya envejecidas en la desilusión!

Como les sucede a los marinos de agua dulce, los náuticos de la política socialista no saben utilizar la brújula cuando las aguas correntosas de la historia, llegadas, al desemboque, se hacen saladas. Entre el "Soviet", o agrupación obrera y campesina, entre la exclusión de las "constituyentes" y de cualquier organismo oficial del poder, y el Sindicalismo Revolucionario existe una parentela que es evidentísima aún para el más ciego...

La experiencia magnífica de la mayor de las revoluciones hubiese debido inducir a los hombres bien inspirados a tratar de invertir el eje de la acción socialista, del Estado al Sindicato, y con la acción directa se habría preparado al "Soviet" como el heredero del poder provisorio reconstructivo del futuro social y demoledor del pasado. Pero, corregirse, ahuyentar los propios errores y prejuicios, es una cosa muy difícil para los políticos. Los sabihondos que ante los nuevos rumbos enjuagan sus ropas en el Neva, orgullosos de que la historia marcha hacia la meta vaticinada, aun cuando sea por caminos que se habían considerado anteriormente equivocados, son moscas blancas. Y es por eso que el próximo congreso de Livorno (1) se cocinará en salsa democrático-social al sovietismo obrero y campesino. En vez de dedicarse a una obra de unificación de las energías proletarias sindicales, en lugar de ayudar a los hombres de la "Unione Sindacale Italiana" a que rehagan en la "Confederazione del Lavoro" los poderes dirigentes menos inclinados a las seducciones del Estado burgués y menos deseados los "colaboracionismos", se querrá hacer más vago el panorama político italiano, regalándole un nuevo partido. Los horizontes del bolcheviquismo italiano son muy limitados.

No hay que asombrarse. El bolcheviquismo de partido también en Rusia, después de haber pedido al bolcheviquismo de clase el medio para obtener la victoria sobre los partidos que se le oponían, no ha conseguido ni olvidar su pecado de origen de partido político y, con frecuencia, sacrifica el libre funcionamiento de los "soviets", obstaculiza la acción directa de clase, que es la base de los "sindicatos" como órganos federalistas de la economía política, y los hace, para sus fines, "centralistas".

Esta tendencia esteriliza en gran parte el espíritu genuino de la revolución obrera y campesina, antiestatal y antiguerrera; haciendo cundir el descontento entre muchos obreros, lo cual provoca huelgas, porque aún no se sienten dueños del gobierno de la producción, porque la "centralización" es la reglamentación desde arriba, mientras que la revolución se entendía con el "Soviet" como la creación de una nueva vida social de abajo hacia arriba y por voluntad de los productores.

El neo partido comunista italiano copia muy al pie de la letra la tendencia "centralizadora" y hace de ella, casi exclusivamente, el eje de su programa de acción. Los bolcheviques rusos tienen para esa tendencia algunos justificativos desde el momento que están excesivamente preocupados en hacer frente a la contrarevolución. Eso mismo los lleva, inconscientemente, a la concepción del "poder fuerte", de la militarización; sin apercibirse que perdiendo la confianza de las masas se está en mayor peligro que ante la acción de los cañones de los generales invasores de la Entente. Pero los traductores, en pésima lengua italiana, del texto bolchevique ruso, no tienen excusa ni atenuantes. Se trata de interesar, de apasionar al pueblo de las ciudades y de las campañas sobre la necesidad de hacer accionar un "nuevo mecanismo social", exclusivamente productor, para derribar al mecanismo oficial del poder burgués centralista y opresor. Necesitamos incitar a las masas a que confíen en sí mismas, a que se hagan autoras, agentes y garantes del proceso revolucionario. El odio a la centralización estatal—y a su inevitable espíritu militar—es lo que hay que hacer cada vez más extensivo y sentido para que se alimente la fe en la "Vida nueva" entre los trabajadores organizados y no organizados. El programa centralizador de los partidos "comunistas" chocará contra las naturales aspiraciones sindicalistas de las masas obreras..

Nosotros nos diferenciamos de los fundadores de partido—aun de los partidos "comunistas"—no solamente porque reponemos la acción fundamental de la clase obrera en la organización sindical de los productores, sino porque queremos conservar los caracteres y las formas que ella asume cuando es conducida y guiada por los núcleos sindicales, quienes la hacen converger en el hecho y en la idea de la "huelga general".

La revolución rusa ha sido una gran huelga general militar; también, episódicamente, el fondo de la revuelta de marzo fué la huelga general en las ciudades, deserción militar y actividad directa expropiadora de las masas campesinas. Bajo este aspecto, han entendido mejor el espíritu de la revolución los escritores burgueses Etienne, Antonelli y Bergeret, que los comunistas Bordiga, Bombacci y Graziadei, preocupándose estos últimos en poner en la clave de revolucionarismo de partido la gran sinfonía sovietista de clase esa música que ha resonado estruendosamente ante el mundo estupefacto. Cuidado con no poner de moda una frase irónica de Carducci:

¡Como lo de Moscou pedía Roma,
Bizancio ellos le han dado!

Nosotros, de la idea de la huelga general—idea tan molesta a los dirigentes de los partidos—y que es el alma misma del socialismo, sacamos los caracteres propios del movimiento obrero en todas sus exigencias.

Esta idea guía, pone, deliberadamente, fin a la era de las revoluciones políticas, a esas revoluciones que no hacen más que continuar constituyendo nuevas jerarquías que reemplazan a las antiguas; actúa fuera de la esfera oficial de los partidos y no necesita de la vacua elocuencia tribunicia de los hombres de los parlamentos y congresos, de la elocuencia que domestica, que halaga los prejuicios, que pide la "opinión pública", que forja nuevos ídolos, que hace estálotras, admiradores de la constituyente, que desde los derechos del hombre va hasta la justicia absoluta, se hace intolerante hasta inspirar el "terror". La idea de la huelga general enseña al pueblo trabajador—utilizando la gran expresión de Tolstoi—¡que la salud está en ellos mismos!

Esta idea restauradora enseña al proletariado que la acción cotidiana y parlamentaria de todo partido—aun del más verbosamente revolucionario—está, fatalmente, dirigida a obtener concesiones del adversario, y que la experienc: aconseja para conseguirlas que hay que llegar al terreno de las cómodas transacciones y hacerse agente de concepciones gradualistas, contemporizando, rehuyendo los hechos de la lucha de clase, aun cuando verbalmente acepte esa acción revolucionaria.

La huelga general, con la idea de la negación en bloc del mundo oficial, empuja al capitalismo hacia la revoluciónn; la revolución rusa supo abatirlo a despecho de los grandes doctores socialistas, no esperando que evolucio-

Ciencia y Escuela

Por EMILIO TROISE

El problema que se analiza en la conferencia que se publica más abajo es siempre de actualidad. Hace años que fué dada esta conferencia, y sus conceptos pueden hoy ser sostenidos como entonces. La revolución rusa le da una actualidad que su autor no había esperado al escribirla. El problema educacional en Rusia tiende a resolverse, en líneas generales, si bien fuera de las viejas normas pedagógicas a las cuales permanecen pegados tantos ideólogos que esperan la revolución de la difusión de las escuelas racionalistas o laicas

Creemos contribuir al esclarecimiento de tan vital problema con la reproducción de este trabajo.—**N. de R.**

Camaradas:

Vengo no sin cierta ansiedad interior a hablar ante vosotros.

Porque os parecerá extraño, insincero y paradójico que un individuo que lleva ya ocho años de estudios universitarios sea un negador de la capacidad creadora y revolucionaria de la ciencia en el campo social y ético.

Cuando desarrolle totalmente mi pensamiento, la paradoja habrá desaparecido; y cuando lleguéis a la exacta comprensión de vuestra vida, de vuestra lucha y de vuestro movimiento, notaréis que lo que yo pueda deciros, son simples deducciones o inducciones—si se quiere—que tienen como medula, como núcleo, vuestra condición de productores revolucionarios.

Para hablar de la escuela es necesario hacer primero un análisis de lo que se entiende por ciencia y del valor de la misma, en lo que a vuestra emancipación y a vuestra lucha concierne.

La democracia ha creado en el hombre una ilusión y una superstición: la ilusión del poder omnímodo de la ciencia, la superstición de la cultura libresca.

Y un espíritu es conceptuado tanto más superior y más lúcido, cuanto más resueltamente afirma la capacidad creadora de la ciencia y cuanto más obstinadamente sostiene que del grupo de conocimientos actuales pueden sacarse las orientaciones futuras de la humanidad.

Este criterio, esencialmente ideológico y reaccionario—cuyo origen estableceremos dentro de un momento,—está tan difundido que sería imposible encontrar un universitario en el cual no se hubiera hecho carne la convicción de que está llamado a ser un factor de primera línea en la progresión humana, y que toda superiorización social es sólo la aplicación de las construciones mentales apriorísticas.

No tendríamos por qué ocuparnos de estas cosas si quedaran circunscriptas al ambiente burgués.

Pero desafortunadamente, o afortunadamente tal vez, porque ello motiva una ruptura espiritual más honda entre vuestro mundo y el mundo de la explotación, ese criterio ha tendido y tiende a insinuarse al ambiente obrero.

Bastará citar un solo hecho—por cierto universal y comprobable aquí y en todas partes—para evidenciarlo.

Se os ha ocurrido pensar a vosotros alguna vez, por qué los intelectuales de todos los países, con o sin títulos académicos, que vienen a vuestro seno, luchan por asumir la dirección del movimiento obrero, constituyendo partidos o sectas que se superpongan a la organización revolucionaria y la orienten en uno u otro sentido?

No hay más que dos soluciones o, si se quiere, una con dos aspectos.

En parte se trata de individuos que pretenden ampararse de vuestra fuerza y de vuestra situación para servir sus ambiciones de predominio y de figuración; en parte de sujetos que aun elevándose a expensas de vuestro esfuerzo, creen haceros el grande e impagable servicio de enseñaros a pensar y obrar.

Pero en los dos aspectos es siempre la misma concepción sobre el valor de la ciencia—enunciada más arriba—que puja por afirmar su predominio. Ellos—los intelectuales—atiborrados de lecturas y de conocimientos teóricos de que carece el proletariado—se encargan de encarrilar la humanidad, mientras los trabajadores siguen produciendo para honor y gloria de tanta lumbrera que se desvela por sus sufrimientos y sin la cual el mundo caería en la barbarie...

....

Y os hacen a vosotros el más flaco de los servicios: os consideran eternos incapaces, vencidos, inferiores, que necesitáis la ayuda, el consejo vidente de ellos, los sabios, que son la síntesis del tipo humano superior alcanzable y deseable. Y se necesitaría ser realmente un incapaz, un inferior, un vencido de la vida, un cristiano, como diría Nietzche, para aceptar ese tutelaje degradante y renunciar a ser el artífice del propio destino.

Pero el hombre obrero,, que si hoy no es el tipo superior, síntesis de una civilización realmente humana, bella y fuerte, va camino de serlo y por eso lucha y se afana y sacrifica, ha afirmado ya por su rebelión de hecho a las condiciones de vida capitalista, que se basta a sí mismo y que lleva en sí, potencialmente, los elementos capaces de crear un mundo de libres productores.

Y ahondemos ahora de lleno en el problema.

Creer que del fárrago de conocimientos preexistentes pueda surgir la norma revolucionaria del proletariado, es un error más grave y más funesto todavía.

El movimiento proletario representa, para nosotros, una perenne elaboración de conceptos.

Y es tanto más interesante y más fecunda esta manera de encarar el proceso revolucionario, cuanto que ella implica la ruptura de todo vínculo mental y moral con el mundo capitalista.

Así queda eliminada en la transformación social que preludia la acción obrera, toda posible conservación histórica, que influencia notablemente el resultado de las revoluciones.

El proletariado elabora su mundo sin pedir un solo concepto ético, una sola norma de justicia y de derecho al régimen capitalista, que sólo podría ofrecerle normas y conceptos correspondientes a una sociedad diferenciada en clases, que desaparecerán con la catástrofe del capitalismo y la ascensión de los trabajadores al gobierno de la producción.

La revolución social implica una transmutación de todos los valores—según la expresión de Nietzche a propósito de otras cosas—éticos, jurídicos, sociales e individuales. Y nada de esto puede pedirse a una ciencia que sólo refleja hechos y fenómenos condicionados por la lucha de las clases, ciencia a la cual escapa toda previsión del futuro .

Y aquí entramos en un nuevo e interesante aspecto del problema.

Cuando se pretende que del grupo de nuestros actuales conocimientos podemos sacar las líneas generales del futuro y orientarnos, se comete un error monumental.

La ley en ciencia es relativa, limitada. Es sólo la expresión teórica, la representación mental de una serie de condiciones que concurren a crear un hecho, un fenómeno. De una ley científica no podemos inferir un hecho nuevo.

Podemos sólo repetir un fenómeno, pero no crear un hecho; es decir, tendremos modalidades, pero no heterogeneidades.

Ya Bergson ha hecho notar que nuestra inteligencia es algo así como el residuo dejado por la vida en su progresiva ascensión y superiorización.

Concepción sana y fecunda en que vemos aparecer a la inteligencia como el último término de un proceso complejo no siempre determinado y determinable o, si se quiere, como la cristalización de nuestra actividad multiforme.

La manera como el hombre llega a conocer y representarse mentalmente lo que le rodea, es la prueba más evidente de que la ciencia—que es sólo una disciplina mental—únicamente puede servirle para hechos y fenómenos de naturaleza igual a los que le dieron origen.

Nuestra inteligencia está hecha de fragmentos, esa es su modalidad más característica, y la ciencia, que es su producto disciplinado, es tabién esencialmente imitativa.

He sostenido en otra conferencia que todos los sistemas científicos son estáticos por la naturaleza misma de nuestra inteligencia, que necesita, para tener una visión clara de las cosas, inmovilizar y fragmentar el proceso nunca interrumpido de la vida.

Lo fundamental en un sistema científico, no es el sistema en sí, vale decir, el cuerpo de doctrina ordenado y clasificado ,sino el acto de la creación del sistema mismo y el método que ha servido para realizar ese esfuerzo realmente creador .

El sistema queda como testimonio de nuestra actividad; su método podrá servirnos para interpretar nuevos hechos de la misma naturaleza, cuando las condiciones que le dieron origen se encuentren en el decurso de la vida; pero será incapaz de transformar, de crear o desviar el curso de esa misma vida.

La ciencia es una forma de actividad humana y como tal no está por encima el hombre que la crea, sino que se subordina a sus conveniencias y necesidades.

La ciencia no anticipa nada, sigue, por el contrario, las expansiones de la vida.

La ciencia no crea, se limita a comprobar hechos, repetir fenómenos y tejer comentarios, más o menos pasables acerca de los mismos, que las más de las veces son—como dice Le Bon—una síntesis de nuestras ilusiones y de nuestra ignorancia.

Yo me he preguntodo si el evolucionismo—la disciplina mental más difundida en nuestra época—ha creado realmente algo. Yo no he podido menos que responderme negativamente.

En el terreno biológico ha pretendido reconstruir, a través de las formas, el proceso seguido por la vida en su perenne mutación. Y eso, debemos convenir en que no es una creación: es una repetición de cosas hechas por la misma vida.

Y al terreno sociológico ha transportado las premisas de su biologismo mecanista, cometiendo la más lamentable de las confusiones; igualar el medio social producto del esfuerzo y de la actividad antagónica de los grupos humanos, al medio cósmico.

En ciencia, todo es condicionado y contingente. Cuando nos salimos de ese relativismo de nuestro conocimiento, dejamos la órbita científica. Lo imprevisto, lo que vendrá, está más allá de la ciencia.

¿Y como pretender, entonces, que la ciencia—reflejo de hechos y fenómenos actuales o teoría acerca de los mismos—pueda guiar a los trabajadores, someterlos a su imperio y enseñarles como deben luchar y crea rsu mundo?

Es una pretensión infantil que sólo cabe en espíritus desorientados o interesados.

El proletariado revolucionario nada tiene que pedir a la ciencia para destruir al capitalismo, y su revolución fracasaría si el movimiento obrero cayera en manos de hombres de ciencia.

Ala tiranía del amo en los sitios de producción, seguiría la tiranía de la abstracción y de la fórmula, la dictadura de la esterilidad infatuada y pedantesca.

He sostenido más arriba que considerar a la ciencia con un criterio único sería un error grave.

La ciencia no es, en sí misma, ni buena ni mala. Producto del esfuerzo humano, cristalización de nuestra actividad, sigue las oscilaciones de nuestro esfuerzo y se orienta con él. Lo mismo sirve para un fregado que para un barrido; vale decir, puede acompañar nuestro movimiento en el sentido de una progresión como de un retroceso.

Hasta hoy y mientras persista la diferenciación de la sociedad en clases, el carácter mas saliente de la ciencia es el utilitarismo en el sentido de servir los intereses de los privilegiados; es decir, será una ciencia de clase en sus aplicaciones y en sus beneficios.

Mañana, realizada ya vuestra revolución, libertado el trabajo de todo usufructo parasitario y dignificado como la fuente más pura y más fecunda de la vida social, la ciencia perderá su carácter de clase para ser una ciencia humana, floración mental y espiritual en un mundo libre, forjado en una lucha cruenta y gigante.

Aprendamos entonces, camaradas, a distinguir entre la utilidad de la ciencia—como un modo de nuestra civilidad, que sirve a la vida pero que no la domina, y ese otro aspecto vano e infecundo, que hace de la ciencia algo impersonal—que se coloca por encima del hombre—y que puede, en cualquier momento, dar normas de acción individuales y colectivas.

Era necesario que expusiera sumariamente mi criterio acerca de la ciencia para abordar con fruto el problema de la escuela.

Se entiende que no vamos a ocuparnos de la escuela laica o racionalista, aparentemente libre y en la cual se deforman la mentalidad y el espíritu del niño con una serie de conceptos ampulosos y falsos.

Consideraremos la escuela obrera, creada por los trabajadores, sostenida por las organizaciones revolucionarias.

En la escuela laica y racionalista—el problema fundamental es el de la cutura—en su acepción corriente, es decir, dar al niño la mayor suma posible de conocimientos teóricos. Así creen formar un hombre libre, un hombre capaz.

Pretenden arrasar con todo dogmatismo—pero lo substituyen por una ilusión y una superstición: la ilusión de que la ciencia todo lo puede y todo lo explica—la superstición de que el libro es la fuente de toda sabiduría.

En la escuela obrera y revolucionaria, el problema capital, no es el de dar al niño conocimientos hechos—esto pasa a un plano accesorios;—es, por el contrario, el de estimular las facultades creadoras que duermen en cada hombre; no se trata tanto de enseñar cosas sabidas, cuanto de sugerirlas, de hacer que el niño se sienta capaz, por un esfuerzo propio, de ser algo más que un simple repetidor de cosas que otros han hecho.

En el primer caso, el niño es sólo un receptáculo pasivo de cosas ajenas que retiene y aplica mecánicamente.

En el segundo, el niño es un creador, un artífice, que más que retener y asimilar conocimientos, aprende a saber crear el conocimiento mismo y a orientarse en medio de las complejidades de la vida.

Desarrollar y estimular el espíritu crítico, la noción del valor de la propia personalidad, y la convicción profunda e indestructible de que su libertad material y moral debe conquistarla en una lucha tenaz, es hacer un supremo bien al niño proletario y la única obra fecunda y realmente revolucionaria, realizable por la escuela obrera.

La educación y la instrucción en manos del Estado, no pueden crear más que mentalidades que sirvan los propósitos del capitalismo.

La educación y la instrucción en manos de ideólogos no pueden crear más que mentalidades atiborradas de teorías, pero incapaces ante la gran complejidad de la vida y sujetos siempre a una casta de profesionales del pensamiento.

Nosotros no pedimos a la escuela la formación total del hombre—porque sabemos que hay muchas cosas que la escuela no enseña y que hay muchos aspectos de la vida—cuya experiencia, indispensable para la formación del individuo, sólo se conocen en la lucha de todos los días.

Y sería desconocer el proceso lento, complejo y a veces lleno de contradicciones por el cual se forman el carácter y la individualidad, cuando se pretende que dentro de la escuela y con diez fórmulas apriorísticas y otros tantos ejemplos, puede crearse un hombre apto para la lucha y para la vida. El carácter y la mentalidad son en cierto modo una suma de experiencias y una suma de acciones.

Y un hombre teórico suele ser frecuentemente un fracasado en la vida real, un deformador de los hechos para adaptarlos a su mentalidad que pretende inmutable y perfecta.

---

nara hasta hacer el regalo del nuevo mundo. Esta idea sublime de la huelga general elimina automáticamente a todos los elementos que no son verdaderamente socialistas, del mismo modo que lo ha logrado el sovietismo ruso. Restringe el movimiento social a los productores, fundamentalmente, y quitándole todo poder al elemento patronal, crea, por sí mismo, las bases sociales para la organización de la producción y del cambio por los grupos sindicales. Empuja a la sociedad a que se organice en el plano mismo de la produción, no conociendo ni reconociendo más diferencia entre los hombres que la impuesta por el taller de elevada y libre producción progresiva, generando de ese modo la fragorosa caída del Estado burócrata, militar e improductivo.

Este resultado contrasta con la política de un "partido" que, no teniendo una base económica propia, acoge a todos los que quieran ser "adherentes", que son los saboteadores del espíritu de la revolución proletaria; los selecciona, se convierten en grupos o camarillas que copian los procedimientos de las camorras o de las academias.

La fundación de nuevos partidos es una labor esencialmente democrática y burguesa. Y todo eso no es más que un pasatiempo sobre la historia y no es "hacer" la historia.

Nosotros incitamos ahora, y como siempre, a los hombres del taller y de los campos a que se agrupen en sus órganos sindicales, lejos, cada vez más, de todo contacto con los organismos políticos del Estado, de ese monstruo que ha tiranizado a toda la Europa durante cinco años en un exterminio bárbaro.

De esos organismos proletarios, solamente, puede surgir la verdadera "violencia" obrera que—diferenciándose de los complots armados y de los golpes de mano de los partidos, acciones enormemente dañinas y de resultado pequeño y dudoso—hace explosión a su hora, cuando se convierte en voluntad universal de todos los explotados, en la hora verdadera, cuando "combatir y vencer" son los aspectos inseparables de la acción directa llegada al meridiano de la propia madurez histórica.

Enrique LEONE.

Este artículo ha sido escrito en el órgano de la **"Unione Sindacale Italiana"—"Guerra di Clase"**—antes del congreso socialista de Livorna, y la profecía se ha realizado. Se ha cocinado el sovietismo obrero y campesino en una verdadera salsa democrática. ¿Qué es un congreso de socialistas parlamentarios? ¡Una academia! Y prácticamente una formación continua de nuevos partidos al fragmentarse el partido originario.

La formación de un nuevo partido—el Partido Comunista Italiano—no hace más que indicar que los trabajadores han de concentrar todos sus esfuerzos en la propia organización de clase, en el Sindicato, si quieren de verdad alcanzar a la madurez histórica y no ser el juguete de todas esas corrientes político-doctrinarias que se forman en el seno del mismo socialismo político.

Conversando sobre racionalismo y valores sindicales

Los sindicatos deben auspiciar la enseñanza racionalista

...la enseñanza racionalista es como un anticipo de la sociedad futura; es ya en parte la revolución triunfante.

Anselmo Lorenzo.

En la reunión del 15 de marzo de la Comisión Administrativa de nuestro Sindicato, a raíz de una nota enviada por el Comité Pro Infancia, se suscitó una discusión digna de ser comentada y aclarados algunos conceptos vertidos en la misma, a fin de que sirva de ilustración a los camaradas lectores de nuestro periódico social.

La discusión tuvo por origen la idea central y equivocada de que nuestro Sindicato, o mejor dicho que la organización obrera, no debe prestar ningún apoyo a ninguna agrupación extrasindical.

Sostuve el criterio de que a dicho Comité no se le debía ayudar pecuniariamente, por cuanto sus componentes, no dudando de su buena voluntad y sinceridad, carecían de capacidad para poder llevar a feliz término la obra por ellos propuesta. Soy contrario al programa del Comité pro infancia, de crear escuelas racionalistas en pequeña escala, porque en ellas no se podrá jamás suministrar a los niños una enseñanza racional, y por más hábil que fuera el profesor, tropezaría siempre con la deficiencia de orden material, que impediría, o mejor dicho, se vería en la imposibilidad de aplicar los métodos integrales que reclama toda buena enseñanza científica; y para hacer como hace el Estado, que en cualquier edificio abre una escuela, sin preocuparse de las condiciones higiénicas del mismo, sin aire y sin luz, que tanto contribuye a la alegría del espíritu del niño y del hombre y sin el material técnico concerniente, prefiero que las cosas queden como están.

Soy partidario de la enseñanza racionalista integral. Soy partidario que se concentren todas las energías en la implatación de un solo establecimiento escolar, pero bien instalado y no muchos y malos, en donde los niños podrán recibir una verdadera y amplia enseñanza racionalista, en donde, al mismo tiempo que se desarrollan las facultades intelectuales, se desarrollen también las aptitudes manuales. Y para eso está la Liga de Educación Racionalista para materializar ese programa. En estos términos quería yo que se hubiese contestado al Comité pro infancia.

Pero en esa discusión, también, se planteó una cuestión de principio, de que el Sindicato nada tiene que ver oficialmente con la enseñanza racionalista, sino a sus miembros individualmente, según sus convicciones personales.

A decir verdad, no podemos menos que asombrarnos cuando oímos tales afirmaciones, de hombres que, por el hecho de actuar en un Sindicato como miembro administrativo y directivo deberían tener un concepto más claro de los problemas sociales que convulsionan el mundo contemporáneo y no vivir en la más supina ignorancia al respecto.

Hemos afirmado que es un error pensar que los Sindicatos obreros deben desentenderse de estos problemas de enseñanza racional, porque ellos son el complemento de la lucha y la finalidad social que persiguen los trabajadores.

La enseñanza racionalista tiene por objeto, a nuestro entender, la de combatir todos los prejuicios, desarrollar armónicamente todas las facultades del ser, haciéndolo honesto, laborioso y bueno; de proporcionar al niño una instrucción antidogmática, haciendo que conozca el origen de las desigualdades e injusticias sociales, desarrollando en él todos los instintos de sociabilidad, para que pueda vivir una vida libre y solidaria, sin más sanciones que el dolor de uno puede ser el dolor de todos y que el bienestar colectivo ha de ser la suma del bienestar individual.

Ahora bien; el objetivo que persiguen las organizaciones obreras no puede ser distinto del que persigue la enseñanza racionalista. Ellas tienen por finalidad la destrucción completa del sistema de organización social capitalista, construyendo sobre sus ruinas otro sistema de convivencia social en donde la explotación del hombre por el hombre habrá desaparecido; ellas aspiran a la emancipación integral del productor, estableciendo en la sociedad el principio del trabajo útil y necesario y que nadie tenga el derecho de disfrutar de los beneficios ajenos; en una palabra, aspiran a la supresión de todo privilegio y a la implantación de los mismos derechos y deberes para todos los hombres, produciendo cada uno según sus fuerzas y capacidad, y consumiendo según sus necesidades.

Como vemos, dicho en términos distintos, la finalidad social que persigue la organización obrera no es antitética de la que persigue la enseñanza racionalista.

Si hay algo de distinto entre el Sindicalismo y el Racionalismo, no es en la finalidad, sino en el método.

El primero es la acción material revolucionaria y el segundo es la acción de revolucionar el espíritu del hombre, proporcionando al Sindicalismo los elementos morales e intelectuales con que ha de construir la sociedad del futuro.

Esto, para los ultrapracticistas es teoría pura, son ideas abstractas sin ninguna aplicación real en la vida social de los hombres.

La aversión que se siente dentro de nuestro Sindicato por las agrupaciones "extrasindicales", tiene por origen el falso concepto de que el Sindicato se basta a sí mismo como factor emancipador, cosa que los acontecimientos contemporáneos van demostrando lo contrario, de que él no es el órgano específico eficiente como célula de la futura organización del trabajo libre, sino que habemos ya órganos de mayor eficacia, como ser el consejo de fábrica, y que, posiblemente, en breve hemos de archivar al Sindicato en el museo de las antigüedades por carcomido y apolillado. Pero, por ahora, dejemos este asunto para tratarlo en otra oportunidad.

No conozco organización obrera revolucionaria que sostenga un criterio tan pobre respecto al tema que nos ocupa, como el que sostiene nuestro Sindicato. En España, por ejemplo, los sindicatos obreros han auspiciado la fundación de escuelas racionalistas. En la carta orgánica de la Federación comunista, si no recordamos mal, se aconseja a los sindicatos que auspicien la implantación de establecimientos escolares en donde los hijos proletarios podrán recibir una enseñanza racional, exenta de todo prejuicio. En una ocasión, "La Voix du Peuple", órgano de la Confederación General del Trabajo de Francia, cuando estaban frente de ella hombres no reformistas y colaboradores de la burguesía como Jouhaux y compañía, escribían de esta manera abogando por la enseñanza racionalista:

"En el día los trabajadores quieren librar sus hijos de los envenenadores intelectuales del Estado, como les libraron ya de los de la iglesia, y lo conseguirán en cuanto suplanten las escuelas municipales por las escuelas sindicales. Impidamos que nuestros hijos sean resignados e inconscientes para ahorrarnos el trabajo de convertirlos luego, en rebeldes conscientes; es más metódico y más seguro; es realizar la esperanza tanto tiempo acariciada de una educación de libertad, de un aprendizaje de la vida...

"La escuela comunal actual, vestíbulo del cuartel, parecerá bien a los que se aprovechan de la miseria y de la inconciencia de las masas obreras, porque viene a ser una especie de confección de productores dóciles y defensores... No se trata de elaborar dogmas sindicales para uso de los hijos de la clase obrera, sino de enseñarles lo esencial, de enseñarles a vivir en la integridad de la vida; no de hacerles una mentalidad de animales indómitos ni de adiestrarlos parcialmente contra los hombres y las cosas del orden actual, sino de prevenirles contra la jerarquía y la tiranía y de suscitarles el amor a la actividad útil, a la libertad, a la concordia... La generación que crece y que formará el Proletariado de mañana necesita una mentalidad superior a la del presente, no una enseñanza que produzca pastores y rebaños, sino una educación que forme individuos que quieran y sepan ser libres; que sean capaces de imponer la *ayuda mutua sobre la lucha por la existencia* y que lleguen a querer y poder suprimir el Patronato y el Salariado."

Ahora bien, preguntamos: ¿Será distinta la aspiración que persiguen las instituciones proletarias que hemos mencionado de la que persigue nuestro Sindicato? No es preciso reflexionar mucho para responder negativamente a nuestra pregunta.

Los camaradas que sostienen el criterio que el Sindicato oficialmente no tiene que ocuparse de la enseñanza racionalista, no advierten el absurdo que sostienen. Absurdo, sí, porque el proletariado, de un lado lucha revolucionariamente dentro del Sindicato para su emancipación integral y del otro descuida la cuestión moral e intelectual del problema, mandando a sus hijos a que sean educados en las escuelas estatales, que suministran una enseñanza totalmente de clase y conservadora, lo que constituye una enorme contradicción con la finalidad social que aspiran los productores.

¿Se han preguntado alguna vez los camaradas adversarios a nuestra manera de pensar, respecto al problema que nos ocupa, cuál es la enseñanza que conviene al hijo del proletario? ¿Habrán observado que la ciencia y la enseñanza oficiales responde perfectamente a un sistema de organización social, que atrofian en el alma del educando el sentido de la lógica y del bien, de la verdad y de la justicia; que fomentan al juez y al reo, al polizonte y al ladrón y todas las miserias y lacras sociales? ¿Se han preguntado cuál es la educación que más conviene a nuestras hijas para que ellas sean mujeres emancipadas, noble madre y compañera exenta de todo prejuicio y convencionalismos sociales, para que así como las madres espartanas y cristianas que creaban héroes y mártires, ellas también contribuyan conscientemente a esta moderna cruzada de liberación de todos los poderes autoritarios, con soldados conscientes de sus derechos y deberes de hombre?

Para terminar este artículo, quiero refutar otro concepto absurdo, y doblemente absurdo, cuando se trata que es propiedad de un camarada, que dice que conoce y haberse preocupado por el problema de enseñanza racionalista: nos referimos al compañero Trujillo.

Este camarada afirmó con una autoridad omnipotente, que la educación racionalista no es un factor de formación de hombres conscientes, por cuanto, él había conocido a individuos que habían sido educados en escuelas racionalistas y que eran unos perfectos reaccionarios y a otros que los habían sido en las escuelas jesuíticas que habían salido revolucionarios. Nosotros no negamos el fenómeno sumamente excepcional, y que por el solo hecho de constituir una excepción, nos hace confirmar en la regla general.

Negar que la educación puede ser un factor de emancipación es demostrar una absoluta ignorancia respecto a la función social que irá desempeñando la enseñanza en la historia de los pueblos. No lo pensaron así la aristocrática Esparta y la democrática Atenas; no lo pensaron así los poderes eclesiásticos de la Edad Media y la burguesía del 89, y no pensaron tampoco así los comunistas autoritarios rusos cuando dedican la mayor parte de sus actividades en fomentar la creación de escuelas, porque no desconocen como el compañero Trujillo, que es un factor importante para el objetivo de sus ideales.

En una ocasión, a raíz de un movimiento revolucionario en Barcelona, Ferrer, interrogado para que diera su opinión, dijo: "Es un problema pedagógico que se discute a tiros", declaración ésta que implica que los problemas de la libertad y de la emancipación económica y de la supresión de la explotación del hombre por el hombre, no es en tesis general, más que un problema de educación. Esto prueba lo acertada de nuestra tesis, de que los sindicatos obreros pecan lamentablemente al desatender la enseñanza racionalista y en permitir a que los que han de constituir la inmensa falanje de partidarios sean educados en los establecimientos escolares que el Estado patrocina, órgano específico de la clase explotadora y parasitaria.

Roque MATERA.

El Sindicato es la mejor escuela de educación y revolución

El compañero Matera vierte en su artículo ideas con las que no estamos de acuerdo. Posiblemente, esta disparidad de ideas entre nosotros y el referido compañero tenga su explicación en el importante hecho de que los lugares de observación no son los mismos para ambas partes, pues mientras nuestro compañero ha preferido actuar casi siempre en los círculos donde se recibe una educación académica, nosotros hemos optado por el campo de acción, por el Sindicato, que es la mejor escuela de los trabajadores, puesto que al educarles la voluntad les sugiere esas ideas que se distinguen de las académicas en que son menos pulidas, pero más veraces y sentidas por ser el resultado de una acción propia, observada de cerca y personalmente.

Expondremos nuestros puntos de vista opuestos.

EL RACIONALISMO

El racionalismo es un método de enseñanza, un sistema pedagógico por el cual el alumno logra aprender mejor y en menos tiempo, por vías de su natural percepción que el maestro debe aprovechar, una serie de materias cuya asimilación sería más difícil usando otros métodos.

Porque no es más que un método, el racionalismo sirve para toda educación y cualquiera enseñanza, sea ésta buena o mala; lo usan los conservadores y los revolucionarios, todos aquellos que al proponerse enseñar algo quieren sacar provecho de buenos pedagogos.

Usar el método racionalista no indica precisamente que sea inmejorable la enseñanza a que se aplica. Con un método más racionalista que el que usaba Ferrer para enseñar y educar en un sentido anarquista, nuestras escuelas oficiales inculcan el amor a la patria, el respeto a la propiedad y la admiración hacia los aventureros conceptuados como héroes.

Una cosa es la enseñanza y la educación; y otra cosa, y bien distinta, es el método a emplear para enseñar y educar.

Hay, sin embargo, una especie de ideal racionalista, compartido por Matera, y cuyos sustentadores ven en la enseñanza un medio práctico de emancipación. La escuela es su medio y su fin social.

Considerado en abstracto, el ideal ése no responde a las necesidades de los trabajadores en lo que éstos aspiran a destruir el sistema capitalista. Al descender al plano de las realizaciones, el racionalista establece la escuela para explicar, *al margen de todo dogma*, las "verdades científicamente demostradas". Se aferran al *dogma* de la ciencia para excluir los únicos "dogmas" que, bien o mal, mejor o peor, dan a los trabajadores alguna idea relativa a su posición social. Ninguno de esos teóricos del racionalismo admite como constatación científica y objeto de enseñanza, las conclusiones teóricas que bullen en el seno de la clase trabajadora revolucionaria, pues ellas entran de lleno en la clasificación de dogmas. No son anarquistas, ni socialistas, ni sindicalistas ni nada, los teóricos esos; a lo sumo son maestros de escuela que tomaron muy a pecho su profesión, guiados quizá por un exceso de celo y dignidad profesional, o, lo que es peor, acicateados por la pedantesca ilusión de figurar como fundadores de una doctrina.

El problema de la emancipación de los trabajadores—como bien lo afirma Troise en su conferencia insertada en otro lugar del periódico—no es un problema de educación ni de ilustración, como afirma Matera, sino una cuestión de fuerza.

Los hechos que Matera aduce para afirmarse en esa creencia, bien conocidos y observados, son lo contrario de lo que él se figura.

Ninguna revolución fué el producto de una educación académica, sino el resultado de un proceso por el cual la clase oprimida y revolucionaria logra una fuerza, política y técnica, equivalente por lo menos a la de la clase enemiga y dominadora; fuerza que le permite luchar con ventajas cada vez superiores hasta que al fin logra vencer. Nótese que la historia es un tejido de revoluciones y ella es más vieja que la reciente invención racionalista.

Si las revoluciones obedeciesen a un dinamismo moral creado y nutrido en las escuelas, toda la historia de la humanidad hubiese sido una seda, no se registraría una sola revolución, y la que hoy conmueve a Europa no pasaría de una ilusión alentadora. El episodio de Esparta que cita nuestro compañero, no hubiese sucedido. Spartacus no tendría significación en Roma, y menos los esclavos que le siguieron al Aventino, pues se trataba de un ex esclavo en el que jamás ejerció influencia esa escuela que, según nuestro compañero, es necesaria para la creación del factor moral revolucionario. Sin embargo, Spartacus condensó en su esfuerzo temerario la inmensa pujanza moral y física de las clases que amenazaban la existencia del Imperio. Y los que en Francia dieron el poder a la burguesía en el 89, no fueron alumnos egresados de escuelas racionalistas; fueron campesinos analfabetos, trabajadores parisienses analfabetos. Ellos destruyeron el régimen feudal que permitió a la burguesía su ascensión al poder. Por último, nadie se animará a sostener que la revolución rusa es la expresión de una previa educación racionalista del pueblo, ni que el prólogo de la revolución alemana, italiana, española, etc., son consecuencias del factor moral creado académicamente mediante escuelas racionalistas auspiciadas y sostenidas por sindicatos obreros.

En todos esos hechos, que inequívocamente reflejan la verdadera acción en que están empeñadas las clases trabajadoras anhelosas de emanciparse, la escuela racionalista no jugó ni juega ningún papel. Los trabajadores se van emancipando en razón de otros hechos bien distintos al de la escuela, sea ésta oficial y capitalista o extraoficial y racionalista.

Con lo expuesto no queremos afirmar que la condición de analfabeto sea necesaria para que el trabajador sea buen revolucionario. Eso de saber o no leer, de ser instruído o ignorante, bien o mal educado, es independiente de una condición social que de por sí obliga al trabajador a ser revolucionario.

---

ta de tal espectáculo? ¿Se sentiría penetrado de admiración por los autores principales de esas atrocidades? ¿No se creería más bien en los salones infectos y lúgubres de un hospital que en las galerías de un palacio? ¿No se sentiría poseído de una horrible curiosidad por ver la cara del monstruo que había autorizado, o decretado, o consentido en tales horrores?

Sólo la costumbre y la consagración hecha de ese crimen por los depositarios supremos de la autoridad de las naciones, es decir, por sus autores mismos, han podido pervertir nuestro sentido moral hasta hacernos ver esos cuadros, no sólo sin horror, sino con una especie de placer y de admiración.

Juan Bautista ALBERDI.

Si fuese menester la escuela para la educación revolucionaria de los trabajadores, y desde luego otras escuelas distintas a las racionalistas, que ni son revolucionarias ni antirrevolucionarias, nuestro proletariado, como el de todas partes, no sería revolucionario. Los hechos, sin embargo, demuestran lo contrario. Lo único que hay revolucionario en la sociedad contemporánea es el proletariado, en oposición a la burguesía que es conservadora. Y ese proletariado, educado por el Estado dentro del respeto a sus dogmas y conveniencias, es antiestatal, anticapitalista y por ende antiburgués.

La razón de esa condición es bien clara: está contenida en su carácter de subordinado al capitalismo. Fuese el proletariado una clase privilegiada, dominadora, y sería conservador aun cuando se le enseñase anarquismo por métodos racionalistas. Ante esa condición del proletariado fracasa la educación que le da la burguesía y ese fracaso se patentiza en cada huelga, en cada insurrección, y con la muy significativa indiferencia hacia todo aquello que en las escuelas le ofrecieron como objeto de admiración, obediencia y respeto.

Sin ir a escuelas racionalistas el trabajador se va educando revolucionariamente en su propio medio y por su propia acción en un sentido elevado que la escuela no lograría.

¿Qué maestro sabe mejor que los trabajadores quiénes son sus enemigos y cuáles los mejores procedimientos para combatirlos?

¿Qué texto y qué explicación puede igualar en ventajas educacionales a esa realidad palpitante que es la vida del trabajador y por la cual siente el dolor del que tiene su voluntad domeñada por la del capitalista en el taller, y por la del Estado en todas partes?

¿Qué podría decir y educar el maestro en un sentido revolucionario al trabajador que pasa hambre porque su salario es bajo, que es perseguido porque se declara en huelga para elevarlo, que es desalojado del reducido cuarto que no puede pagar, que gime en el hospital, que sufre desesperación en la cárcel, que está obligado a una migración que en sí niega la patria, a Dios y a la ley?

Poca cosa representaría ese hombre que quisiese enseñar lo que ya experimentó en carne propia y que dejó en el alma un surco abierto a todas las semillas de la rebelión contra el Estado constituído.

La escuela, tomándola como objeto para la educación, en base de hechos constatados, es posterior a cuanto los trabajadores vienen realizando de por sí y de consiguiente no llevaría al entendimiento de éstos nada nuevo, nada que ellos no supiesen mejor de antemano. Los únicos a educar en este caso, y por los trabajadores, serían los pretendidos educadores, los maestros.

Tenemos, pues, que la escuela no crea ni desarrolla ningún factor moral revolucionario que los trabajadores no extraigan de su misma lucha y condición social. No proporcionando eso la escuela, mal puede crear, para luego ofrecer a los trabajadores, la fuerza necesaria a su emancipación.

EL SINDICATO

Prescindiendo de academias, sin pensar en ellas siquiera, los trabajadores han perfeccionado su moral revolucionaria en el Sindicato, creando en él, a la vez, la fuerza en que se basa el problema de la emancipación. Simultáneamente el Sindicato va desarrollando una acción siempre creciente en el sentido de reemplazar al capitalismo en la gestión económica y *política* de los intereses colectivos.

Este hecho es importante, pues tiende a demostrar al compañero Matera que el Sindicato es algo más que un medio: constituye un fin, y de él puede decirse que es una anticipación del futuro, el esquema de la era comunista que seguirá a la destrucción del capitalismo.

Si antes de la revolución no hubiese sindicatos, producida ésta no habría más remedio que crearlos, tanto para su defensa como para asegurar la producción.

El Sindicato es insubstituíble y lo que el compañero Matera considera un substituto, no es sino una expresión del Sindicalismo. El consejo de fábrica a que alude, nuestro compañero, es un órgano del Sindicato. Como tal se le reconoce en los países en que ellos fueron creados. Su misión consiste en localizar en cada establecimiento destinado a la producción el órgano directivo y técnico indispensable en un período de transición como el actual en que el capitalismo está siendo desplazado de su rol directivo.

El consejo de fábrica es otro anticipo de la sociedad comunista en lo que respecta a la organización y dirección de la producción en cada taller. Su funcionamiento no excluye el Sindicato. Es apenas un derivado del mismo, ni más ni menos que si se tratase de los delegados de nuestro Sindicato en los talleres de la industria del mueble, los cuales no pueden ser tomados como germen de una nueva organización tendiente a suplantar el Sindicato, sino una consecuencia del Sindicato mismo.

El consejo de fábrica es, a lo sumo, el Sindicato en pequeño, la organización de una dada fábrica que al amalgamarse con las organizaciones de las otras fábricas de la misma industria, forzosamente tienen que crear la organización en mayor, el Sindicato, que abarque toda la industria.

Aun cuando, como en Inglaterra, la organización obrera no surgiese de una concepción de conjunto, de todas las fábricas, sino de cada fábrica independientemente, la organización total sobreviene como consecuencia del contralor de la industria del ramo en el cual todos los trabajadores son interesados.

Por eso los "comisariados de fábrica", nueva organización que en Inglaterra—su punto de origen—está tomando gran incremento, cedieron en su concepción primitiva de mantener los establecimientos aislados entre sí, y hoy es el día que se cohesionan de tal modo que ya ofrecen la característica de sindicatos y federaciones de industria como los que aquí tenemos y existen en otros países.

Es que el Sindicato tiene el carácter que le comunica el sistema de producción capitalista. Estando la producción dividida en ramas principales, los sindicatos destinados a contralorear esa producción, forzosamente, han de ceñirse a esa división abarcando sus mismos límites. De otra manera no habría contralor efectivo y todo quedaría librado al desconcierto del cual los trabajadores serían los primeros perjudicados.

En cuanto a la función futura del Sindicato, a su carácter de órgano indispensable de la revolución y a la vez responsable de la producción cuando la gestión capitalista haya cesado, no cabe dudar. Sobre él descansará el nuevo sistema de producción asumiendo en sus manos la dirección de todo cuanto hoy es privativo de la burguesía: la disciplina en las industrias, la regularización de la producción y distribución de productos.

Esta eficiencia del Sindicato en un período de construcción comunista, salta ya a la vista en cuanto observamos la complejidad de las modernas industrias, cuyo buen funcionamiento exigen una perfecta armonía de conjunto que ninguna institución que no sea el Sindicato puede observar y hacer cumplir.

Entre nosotros, ¿quién mantendría el funcionamiento regular de los transportes marítimos fuera de esa federación de trabajadores marítimos, que en el pensar del camarada Matera está destinada a desaparecer?

¿Qué consejo de fábrica, qué organismo improvisado a *piacere* garantizaría el sistema ferroviario, donde los minutos son observados con una necesaria rigidez, y los múltiples servicios son llenados dentro de una disciplina que sólo los obreros ferroviarios organizados son capaces de comprender y llevar a cabo?

En nuestra misma industria, que está lejos de ser tan necesaria e indispensable como un servicio general, cual lo es el transporte, la luz, etc., la aplicación de las teorías del compañero Matera nos conducirían a un sistema de producción desordenado, motivado por la carencia del organismo regulador de la producción, el Sindicato, sin el cual cada fábrica, cada taller, produciría de acuerdo a sus necesidades o caprichos, o no produciría, lo que provocaría trastornos que es fácil imaginar. Trasládese el hecho de una industria secundaria a una de carácter primordial, indispensable a la vida, y se notará la necesidad del Sindicato, esa vasta asociación de trabajadores de una industria que se conciertan para producir con arreglo a las necesidades colectivas.

Pero, ¿a qué insistir sobre el carácter indispensable del Sindicato en la revolución y aun después de la misma? Un hecho, elocuente como todos los hechos, siempre más valioso que las mejores teorías más bien fundadas, nos dice mucho de la trascendental obra que el futuro depara a las organizaciones obreras. Ese hecho nos lo ofrece Rusia.

Quienes hayan leído la conferencia pronunciada en Berlín por un delegado de los sindicatos rusos, y que fué publicada en este mismo periódico hace dos meses, habrá comprendido la verdad de cuanto decimos.

En el antiguo régimen ruso no había sindicatos: se consideraban ilegales y eran destruídos. Con la revolución se formaron los sindicatos que empezaron a funcionar con las dificultades propias de un medio donde los trabajadores carecen de educación sindical.

¿A qué objeto se formaban esos sindicatos, ya que como un medio de lucha contra el capitalismo no tenían razón de ser donde el capitalismo estaba virtualmente destruído, encontrándose además el poder político en manos de un partido revolucionario?

He ahí un hecho sobre el cual no está de más que reflexione el compañero Matera.

Los trabajadores rusos comprendieron instintivamente que la salvación de la revolución estaba en sus manos. Así lo comprendió más claramente el partido comunista gobernante, el que hubo de buscar su propia salvación confiando a los sindicatos un rol que él no podrá desempeñar. Los sindicatos constituídos organizaron la producción, establecieron la disciplina en las fábricas, evitaron el sabotaje burgués, y como derivado de los sindicatos establecieron los consejos de fábricas para gobierno de cada establecimiento, consejos que, como es lógico, ajustan sus facultades a las resoluciones que emanan del conjunto de la organización.

Con la revolución, no sólo no desaparece la organización sindical, sino que se fortifica la que existe y hace que ella se forme en aquellas industrias y servicios que nunca han tenido organización. Por la organización sindical mantienen los trabajadores rusos la revolución mucho mejor que los comunistas. Y puesto que la organización es la mejor garantía, ella se extiende al dominio de todas las actividades: existe en el campo, en las manufacturas, en todo género de servicios públicos: hospitales, teléfonos, alumbrados, etc.

Las perspectivas son de construcción sindical, y el compañero Matera, a quien suponemos sinceramente interesado en nuestros problemas, que son también los suyos dado su carácter de trabajador y revolucionario, ha de convenir con nosotros en la conveniencia de crear y fortificar lo que él equivocadamente conceptuó sin valor y destinado a desaparecer.

TERMINANDO

La educación revolucionaria que necesitan los trabajadores sólo pueden recibirla en el Sindicato. No hay escuela capaz de dar una educación revolucionaria como la que adquieren los trabajadores practicando la revolución. Y esa revolución educadora la practican cada vez que imponen su voluntad a la del patrón, cada vez que se rebelan contra el despotismo del Estado, cada vez que se reunen en sus asociaciones de clase para concertar un plan de ataque, comunicarse una victoria, sacar enseñanzas de una derrota y fundir sus sentimientos en un odio profundo a la clase enemiga para dar origen a la aspiración de emanciparse a costa de todos los sacrificios, de todos los dolores.

La lucha para que la vida sea cada vez más placentera, es la mejor maestra de los oprimidos. A ella le deben los trabajadores cuanto saben, que es mucho más de lo que suponen quienes juzgan el saber de los trabajadores por una engañosa deficiencia en el arte de expresarse.

Acción Sindicalista

Nuestros métodos de lucha son completamente diferentes de los de la burguesía y nuestro campo de acción tiene que ser también diferente. El partido socialista no puede ser considerado sino como una prolongación o extensión de los partidos radicales de la burguesía, de los cuales es la última expresión. Nuestra unión debe, pues, actuar no con el partido socialista, mas sí contra el partido socialista.

Las mismas razones que nos separan del socialismo militante, nos empujan a huir de las luchas electorales. Somos antiparlamentarios, todo el mundo lo sabe. El fracaso del régimen actual es el fracaso del parlamentarismo y, aunque este sistema pudiera inspirarnos alguna confianza, continuaríamos repudiándolo, pues sería una insensatez acogerse a él ahora que su inutilidad está demostrada.

No, no aceptaremos esa herencia. Los sindicatos tienen una misión que cumplir que está fuera de todo influencia parlamentaria y electoral. Nuestra intervención en las elecciones no serviría sino para dar al régimen imperante una inyección que le permitiría vivir artificialmente un poco más. Y nosotros no nutrimos ninguna simpatía para ese régimen.

SALVADOR SEGUI.

Las causas de un entredicho

Entre la iglesia y las burguesitas que aman la moda, existe un entredicho. La moda impone mostrar las piernas y el busto hasta un término convencional; y la iglesia, fundándose en razones de moralidad, se opone a esa excitante exposición de las extremidades femeninas. Pero la moda persiste en ese sentido con tendencias a acentuarse, y ante tal fracaso los frailes toman sus represalias.

No entrarán a la iglesia las muy "desvergonzadas", y así se les condenará a la forzosa renuncia de una práctica que no indica posesión de sentimientos religiosos, sino un simple entretenimiento de desocupadas.

Al dar ese aspecto de severidad a la "moral", los frailes juzgan la exhibición de piernas desde un punto de vista pornográfico.

Acostumbrados a ver las mujeres desnudas para una determinada función, no admiten la semidesnudez que pulula por las calles sin relacionarla con aquel propósito.

Ese criterio es de sátiros.

Lo peor para los hombres que no son sátiros, comprendiendo en ellos a la generalidad que no son curas, es que éstos se formen de ellos un mal concepto, atribuyéndole propensiones a un vicio que se insinúa al criticar un capricho de la moda femenina.

Puede ser también que los celos hayan influído algo en la determinación clerical. A los pastores de almas—que acaban por serlo de los cuerpos, si pertenecen a buenas mozas,—les conviene que las mujeres observen un recato que aleje las probabilidades de convertir en sus rivales a los hombres que no visten sotana.

En uno y otro caso, es evidente el fondo pornográfico que mueve el asunto y la moral de acaparadores en que se inspiran los frailes.

Don JOSÉ.

La Unidad

Hasta tanto no se haga la unidad de la clase trabajadora, todos los anhelos de liberación no pasarán de ser más que puras idealidades. No será más que la eterna repetición de la legendaria torre de Babel.

Mientras los trabajadores no se dediquen exclusivamente al fortalecimiento de sus respectivos sindicatos, haciendo de ellos los cimientos del mundo libre que sueñan; si persisten en su empeño de preocuparse en problemas de orden moral, relegando a segundo término los problemas económicos, verán siempre frustradas sus aspiraciones.

Para abolir la explotación del hombre por el hombre, estableciendo la igualdad económica, es preciso convenir en que es necesario una organización inteligente. Es en la preparación de estos organismos que tiene que concretarse la actividad de todos los obreros.

El Estado, instrumento de dominio y de coerción en el régimen capitalista, debe desaparecer, y hacer obra en sentido de que el Estado bajo cualquier forma, se convierta en órgano regulador de la sociedad, es crear un nuevo orden de privilegiados. Es negar capacidad a la masa de productores para organizar y distribuir la producción, único eje sobre el cual debe girar la Revolución económico-social.

Para reducir a la impotencia a los especuladores de todo género, no es apoderándonos de los organismos políticos que lo haremos; sino destruyéndolos, tomando las industrias y dirigiéndolas en provecho de la comunidad, estableciendo un sistema de cambio de productos por productos. Este es el fundamento de la revolución.

Las funciones políticas deben ser derivadas de las necesidades de la organización económico-social.

Así hemos entendido el problema de la transformación. La mayor parte de los sindicatos luchan también es este terreno; la huelga ha sido hasta hoy el arma empleada por todos.

Por cuestión de fórmulas más que por otra cosa es que se mantiene dividida la clase trabajadora. Una razón fundamental hoy ya no existe para la división.

Las conquistas morales y materiales de una y otra federación no serán menoscabadas porque la fusión se realice. Así que, ella debe ser sellada.

Compañeros: Por encima de todo mantengamos bien alto nuestro viejo lema:

"Trabajadores de todos los países: ¡uníos!"

Pedro DONAMARÍA.

¿INMORALIDAD O REALIDAD?

Por OSCAR PETRARCA

En un pueblo de la provincia de Buenos Aires se prohibió la exhibición de la película titulada: "¿Dónde están mis hijos?". Se trata de una sana y fuerte crítica a la práctica del aborto provocado. El temor a que la gente viera en una o dos horas, gráficamente, lo que vé y conoce durante toda la vida, ha hecho que un intendente de pueblo indicara la conveniencia de la no exhibición de la película, ¡porque la consideraba inmoral!

¿Qué es lo que puede determinar su carácter inmoral? ¿El argumento o la forma de la representación? La presentación no dejaba absolutamente nada que desear, puesto que no había ni una sola escena que pudiese ser considerada como pornográfica. Y el desarrollo era de un realismo puro y sano, hecho con un arte admirable. Ni un solo detalle que pudiera chocar con las formas de la buena educación. No se veían cosas "feas". Desde ese punto de vista resulta invulnerable a la más severa de las críticas, siempre que esa señora "crítica" no fuera el prototipo de la "púdica".

El argumento es de una realidad tan viviente, que ante la exhibición de la película parecía estar viviendo el desarrollo de escenas de esa vida. ¿Por qué, entonces, no se dejó que se hiciera la exhibición en público de esa hermosa película, de ese buen trabajo artístico, tan real y expresivo y, sobre todo, tan formidable por su argumento?

En síntesis, se trata del problema del aborto provocado, en los diversos medios sociales, de sus consecuencias y del juicio que se merece.

Una mujer de la alta sociedad, esposa de un magistrado, no ha tenido hijos porque ha recurrido para cada embarazo a que un médico —especialista en provocar abortos—la librara del hijo que llevaba en su matriz. Esa práctica es frecuente, y en algunos lugares y épocas hasta es habitual entre las mujeres de la clase alta.

Al esposo de esa mujer le toca actuar en un juicio contra un médico acusado de propaganda "neomalthusianista", que ha escrito un libro aconsejando la profilaxis pre-concepcional, es decir, que indicaba a los pobres que no debían engendrar hijos, cosa muy distinta del aborto provocado, de la acción de suprimir una vida.

Ese médico expone cuadros irritantes de la miseria, en los que se vé y se confiesa de como la carga de un nuevo hijo en un hogar pobre, no hace más que hundir en la desesperación a esa pobre gente. O es la miseria la que mata a los pequeños niños a los pocos meses de nacer, porque la madre no tiene leche suficientemente nutritiva, porque ella misma es una miseria fisiológica ambulante; o es el alcoholismo del padre que degenera a la prole y la predispone para lo peor de la vida. La madre que no puede nutrir a su pequeño, lo vé morir lentamente; y de nuevo fecundada, vé nacer a otro pequeño al cual tampoco ha de poder amamantar, y otra vez lo ha de ver morir lentamente!

Predicar entre los pobres la generación voluntaria, enseñar la profilaxis pre-concepcional, para los que viven bien y pueden mantener los hijos o para los que no los tienen porque no los quieren tener es un delito... El médico que realizaba la buena obra de enseñar una de las maneras de defenderse a las mujeres del pueblo—manera que no consiste en suprimir vidas—fué víctima de la ley.

El otro médico, el que servía a las señoras del gran mundo, seguía realizando la tarea de suprimir vidas, porque así convenía a sus clientes, a las mujeres que pudiendo ser madres—y amamantar a sus hijos sin peligro de que la miseria se los tronchara en flor,—preferían no serlo porque su mayor preocupación era la de librarse de la maternidad, carga pesada para la gente que vive la vida parasitaria, luciendo vestidos y joyas, exhibiendo sus formas físicas y sus desnudeces y que quieren el goce sexual sin el trabajo que trae aparejado el hijo.

Un día, la hija de una sirvienta de la señora esposa del magistrado cede a su impulso sexual, solicitado insistentemente por las artes donjuanescas de un sobrino del magistrado. El resultado fué el embarazo. Y como el señorito no tuvo nunca la menor intención de unirse legalmente con la muchacha, entonces, para evitar otras consecuencias, convencióla de que debía hacer desaparecer al nuevo ser antes de que fatalmente apareciera ante la gente. Ayudado por la tía solicitó la intervención del médico que hacía del aborto provocado una especialidad para enriquecerse. En este caso se produjo un desenlace fatal, puesto que la muchacha murió.

Intervino la justicia y se descubrió que ese médico era él provocador del aborto. El magistrado interviene y cuando con energía iba a condenar al médico, éste le revela que su práctica de provocador de abortos era aprovechada por las mujeres de su misma clase social y que hasta la propia esposa del juez era una clienta de su clínica, anotada en su libro con varios abortos, ¡y que si eso era inmoral y delictuoso, la inmoralidad y el delito estaban en su misma clase social, no siendo él más que el elemento ejecutor, el práctico que satisface los deseos de las mujeres que no querían tener hijos!

En la película, el juez aparece condenando al médico. En la realidad, el juez no se atreve a condenar porque la revelación que se hace con motivo de esos hechos implica un escándalo social que envuelve a hombres y mujeres de la alta sociedad.

Los hechos que refleja la película se suceden con frecuencia, pero no son más que el resultado de causas sociales permanentes. Esos hechos, referidos en diversas formas—y sobre todo los que llegan a conocimiento de hombres y mujeres—no son por la simple referencia hablada o escrita, los incitadores inmediatos y poderosos que han de inducir a la práctica del aborto provocado. Quien tenga una mediana cultura y, sobre todo, si no es fariseo, sabe muy bien que son las circunstancias reales de la vida las que pueden determinar a que los individuos accionen en tal o cual sentido. Y a esta ley fundamental no puede escapar el hecho del aborto provocado.

La película "¿Dónde están mis hijos?" es un reflejo de la realidad, un reflejo de las relaciones de dependencia social a que las ha sometido el amo masculino.

¿Por qué recurren al aborto, rehuyendo la maternidad? Esa es la pregunta que se plantea quien siga con inteligencia el desenvolvimiento del drama reflejado en la película, si en la vida real ya no se la ha formulado alguna vez. Y la película le va indicando que entre las mujeres de la alta sociedad el recurso del aborto es de una práctica frecuente, no porque la maternidad pueda "deshonrar", sino porque es una incomodidad sumamente desagradable, algo que impide que la mujer pueda proseguir su vida mundana.

La maternidad tiene exigencias imperiosas que excluyen a la mujer de la vida de sociedad. Y su repetición hace más frecuente el número de esas inhibiciones, lo cual no agrada en modo alguno a esas mujeres que se han educado para el placer, casi exclusivamente. Otras mujeres más diestras ya van dejando la práctica del aborto, procedimiento siempre peligroso, y lo reemplazan por otro más cómodo: por la práctica pre-concepcional.

¿Por qué recuren esas mujeres al aborto? Ya se ha filosofado demasiado y muy estúpidamente sobre el "instinto criminal", como agente provocador. Lo que no se manifiesta de un modo claro y terminante, es que las causas de esa acción están en la misma forma de vida social de esas mujeres, en la vida inútil y parasitaria.

¿Hubiese sido una pequeña enseñanza revolucionaria la pública exhibición de la película? Es posible. Pero que no se sostenga que la prohibición del espectáculo era una buena medida por cuanto se defendían las buenas costumbres. Mala costumbre e inmoralidad es la práctica del aborto en esas mujeres del país en donde se desarrolla el drama y de todos los otros. ¡Inmoral es la vida social de ese mundo de "arriba"!

El aborto provocado entre las pobres ingenuas, entre las muchachas buenas que se entregan porque responden sin subterfugios ni cálculos a su propio impulso sexual—impulso estimulado y aprovechado por el arte donjuanesco de tantos hombres—es la revelación de la existencia de otros problemas sociales que se refieren a la educación sexual y condición de inferioridad social en que está colocada la mujer, actualmente. En el fondo, se trata del concepto social de la maternidad "ilegal".

Entre los escritores de este país, especialmente de obras teatrales, ya ha sido abordado con gran valentía y sin que a nadie se le haya ocurrido prohibir su publicidad escrita o representada.

¿Qué es lo que encierra la profunda y muy humana obra de Florencio Sánchez, "Nuestros hijos"? ¡El concepto de que la maternidad debe ser respetada y respetable!

Si eso fuera una realidad, las mujeres, como la buena e ingenua muchacha de la película, víctimas que en la vida se suceden con frecuencia, no se verían compulsadas a la acción mala de suprimir una vida que palpita en sus entrañas, ni a exponer la propia por salvar el "honor".

Además de todo esto, la película también indica que el procedimiento del aborto no es frecuente entre las mujeres del pueblo obrero, porque esas mujeres no hacen vida de inútiles, sino que, muy al contrario, con su ahinco y tenacidad dignas de mejor suerte, se empeñan en la crianza de los hijos y no intentan suprimirlos antes de que nazcan. Y, sin embargo, esas mujeres del pueblo tienen muchísimas veces mayores motivos—reales e imperiosos—para recurrir al aborto o a la profilaxia preconcepcional. Mujeres que lanzan a la existencia a seres débiles; mujeres que destruyen su propio organismo a medida de los embarazos, en medio de la miseria económica; mujeres que ven morir los hijos, unos tras otros, por el hambre y las malas condiciones de vida; mujeres como esas, que afrontan valerosamente el combate por la existencia, son tan "morales" que jamás piensan recurrir al procedimiento del aborto, teniendo en muchos casos una evidente necesidad, por la propia conservación y porque el ser que ha de venir al mundo está destinado a sufrir y a morir prematuramente.

¿Puede decirse que esa película enseñaría a ser "malos"? No tiene ninguna virtud educativa, sino que posee el mérito de presentarnos de un modo gráfico y sintético un problema conocido, haciéndonoslo recordar, impresionándonos por la emotividad que sustenta. Ver una película de esa especie, no es recibir un excitante para cometer actos repudiables, sino ver más en conjunto el reflejo de una realidad cerca de la cual muchos pasan a su lado, o viven en ella, pero sin conocer sus causas o apreciándola insuficientemente.

La inmoralidad no está en la película, sino en la vida social que permite todas esas sucias acciones y que hace que la vida de las mujeres sea de una inferioridad evidente y de una perpetua esclavitud económica y sexual.

Errores y malas prácticas sindicales

Los obreros por lo general, debido a la mala orientación de los que están al frente del sindicato, son llevados a realizar actos que están fuera de la verdadera orientación revolucionaria.

Se predica insistentemente que los obreros en el Sindicato deben bastarse a sí mismos, pero en la práctica, en la mayoría de las veces, resulta lo contrario.

Por ejemplo, observamos muy frecuentemente que, la mayoría de las veces, cuando los obreros declaran una huelga, no hacen lo que deberían hacer en la lucha planteada.

Cuando se declara una huelga no tienen la conciencia real de lo qué debe hacerse para vencer al enemigo.

Cree el obrero que cumple con su deber una vez planteado el conflicto, haciendo acto de presencia en las asambleas, oír los informes del comité, y retirarse tranquilamente a su casa. ¡No es así como se ganan las huelgas!

Para derrotar al enemigo se necesita algo más que cruzarse de brazos; el triunfo está en la acción que uno es capaz de desplegar.

Declarada la huelga, es necesario que todos traten de vigilar el taller; no hay que permitir que la fábrica funcione con adventicios; el lugar que uno ha abandonado es necesario defenderlo con valor y heroísmo, pues la victoria depende de uno mismo.

Unicamente así, uno sabe darle todo el valor a la conquista; esa mejora así obtenida ha pasado por todas las consecuencias de la lucha.

Si el obrero abandona el puesto que le corresponde en la lucha, no vencerá al explotador; pero si resueltamente ocupa el puesto que como asalariado le corresponde, con seguridad que será invencible.

Pero hoy se notan en su gran mayoría sindicatos que no cumplen con su misión, pues a menudo presenciamos su incapacidad revolucionaria al permitir que se reemplace a los huelguistas con carneros; no se quieren molestar en hacer un pequeño esfuerzo de vigilancia y por todos los medios no permitir que se les traicione en las huelgas.

El Estado capitalista, cuando declara una guerra, de ningún modo permite la traición; y ¡guay del traidor! Es inmediatamente fusilado.

La práctica sindical demuestra que la huelga, descartando el factor de la inoportunidad en ciertos momentos, debe forzosamente ganarse si se toma con entusiasmo y si los huelguistas toman a pecho el no permitir el funcionamiento del taller.

La huelga no es darse un paseo, ni ir al café o al biógrafo; es un acto de guerra en el que hay que estar dispuesto, cueste lo que cueste, a vencer al enemigo haciendo cualquier sacrificio; únicamente con este criterio aplastaremos al enemigo.

Pero el proletariado, en su inmensa mayoría, cree que es revolucionario simplemente por hacer acto de abandono de la fábrica. ¿Qué el burgués toma carneros? No hay que preocuparse; después de unos días el huelguista busca trabajo en otro taller y no le importa que la fábrica esté sin vigilancia; cree que en el sindicato hay un cuerpo especial de obreros que deben defenderlo. Que así como en las asambleas tenemos los mismos derechos y deberes, lo mismo debe ocurrir en las huelgas: todos por igual debemos exponernos y estar siempre dispuestos a triunfar.

La huelga es la única arma específica y propia de los trabajadores y su eficacia depende de una buena organización sindical. Presentarse unidos al combate y resueltos, hace que el enemigo no prolongue la lucha. El capitalismo, si vé que no hay unión y que flaquean los obreros, intenta resistirse para que caiga la organización.

El sabe que, deshecho el sindicato, explota a su gusto, y en el taller solamente predominará su voluntad. Tiene un alto interés en que la huelga fracase. El mismo interés debemos tener nosotros los trabajadores frente a la clase enemiga de triunfar; de ese modo en el taller predominará nuestra voluntad, imponemos horarios, salarios y condiciones de trabajo y, por sobre de todo, el respeto; y mantenemos a raya a muchos soplones, que dejan de serlo porque temen al sindicato: no porque hayan cambiado de moral.

El triunfo de la huelga depende de la disciplina sindial; si en la lucha estamos convencidos que la fuerza es la que decide en todos los casos, mancomunemos nuestros esfuerzos y lograremos que esa fuerza sea siempre más capaz de desalojar a los que nada tienen que hacer en el taller.

El capitalismo, frente al avance del Sindicato, trata de defenderse por todos los medios, valiéndose del Estado y de otros instrumentos a su servicio.

Los obreros deben estar sobre aviso y no extrañarse de que haya momentos en los que tienen sumo interés los capitalistas en hacer que se declare una huelga; por eso es bueno en las asambleas tener mucho tino y no ser instrumento de nadie. Oponerse en un momento dado a una huelga, no implica dejar de ser revolucionario. Hay que obrar siempre de modo que triunfe el buen sentido.

Un sindicato no debe declararse en huelga sino después de constatar que posee la fuerza necesaria para obtener el triunfo. Es muy inmoral declarar una huelga con miras a los pedidos inmediatos de solidaridad. A este respecto el sindicato debe bastarse a sí mismo; y si así no sucediera debido a la naturaleza del trabajo que realizan sus miembros—que puede ser el de un detalle dentro de la industria,—ese sindicato debe desaparecer, incorporándose a aquel organismo que agrupe a los trabajadores de la industria a que él pertenece.

Sindicatos de esa naturaleza pierden la noción de la responsabilidad. La falta de independencia por la carencia de vida propia para la acción, los conduce a un estado de servilismo que relaja la dignidad de sus componentes al punto que se convierten en pordioseros sistemáticos de la solidaridad. No pueden moverse nunca sin el concurso de los demás. Y esta condición bochornosa se agrava a veces con la intromisión de intereses patronales que obran en su seno guiados del propósito de perjudicar a sindicatos fuertes de la misma industria, valiéndose de los pedidos de solidaridad que pueden quebrantar la consistencia sindical por ser inoportunos.

En la historia del movimiento obrero tenemos infinidad de hechos que deben servir de lección a los trabajadores para evitar un golpe burgués tendiente a deshacer la unidad sindical.

Voy a recordar algunos hechos, no con propósito de maldad, sino para hacer resaltar que todo está en la organización y que las huelgas para ganarse requieren sacrificios propios.

El Sindicato de Albañiles desde hace años no tiene el vigor y la fuerza que en otros momentos tuvo, y resulta que no teniendo la fuerza necesaria, los capitalistas hacen lo que quieren con ellos, y cada vez que se han lanzado a una huelga no han triunfado por el propo esfuerzo. Eso los ha dañado mucho, pues los pequeños triunfos no han sido debidos a la resistencia de que ellos fueron capaces, sino a la solidaridad de los pintores, yeseros, etc.; pero cuando les faltó dicha solidaridad no han sido capaces de triunfar; todo se vino barranca abajo.

Las huelgas no se ganan solamente por la solidaridad: hay que tener organización sindical para formar la conciencia de clase. Perdieron la huelga por no haber ido a vigilar sus puestos de trabajo; si hubieran hecho un pequeño esfuerzo para evitar el carneraje, con seguridad que hubiera estado descontado el triunfo.

Lo mismo pasó con el Sindicato de Pintores que, a decir verdad, cuenta con un buen número de obreros capaces, pero que han descuidado

la obra sindical; también declaran la huelga y en vez de vigilar, se han preocupado, en su inmensa mayoría, de hacer changuitas, que les trajo como consecuencia la derrota.

No es posible que un grupo reducido pueda realizar la huelga esperanzados en las bombitas de alquitrán. No, trabajadores; hay que estar esperanzados en las propias fuerzas; no se triunfa sin saccrifiios; no hay que abandonar la vigilancia en los lugares de trabajo; de ello depende el éxito de la lucha.

Infinidad de sindicatos del interior, que declaran la huelga, contemplan tranquilamente cómo los carneros los suplantan, y luego quieren que los marítimos les ganen la huelga. En este caso, ¿quiénes hacen la huelga? Son los marítimos. Eso es fomentar el parasitismo, y debido a todo eso vemos a los marítimos sostener una infinidad de conflictos que son ajenos a su organización. Pero esos sindicatos que promovieron los conflictos nada hacen para eliminar a sus propios carneros.

Lo mismo los obreros de construciones navales: declararon una huelga y permitieron que se llenaran los talleres de carneros, y muchos de los que la declararon tranquilamente se fueron a trabajar en mejores condiciones en otras fábricas. Debido a esto se prolongan las huelgas y muchas veces son esos mismos obreros los que más se empecinan en no hacer cualquier arreglo en tanto otros luchan por ellos y pasan, no obstante, por muy revolucionarios.

Esto ocurre casi en la mayoría de los sindicatos.

¿Qué interés tienen en arreglar. si están en mejores condiciones en donde trabajan?

Igual cosa pasa con los Escultores en Madera. ¿Quién hace la organización? ¿Quienes mantienen el sindicato? Los Ebanistas. Es el de los escultores un sindicato que vive a expensas de otro sindicato; su fuerza está basada en sindicatos ajenos a su organización; y como no saben muchos de ellos los sacrificios que cuesta mantenerlos, que en su mayoría no han hecho ningún sacrificio sindical, nada pierden provocando conflictos cuyas consecuencias deben sufrir los ebanistas.

Declaran una huelga. ¿Quiénes vigilan los talleres? Los ebanistas. Los ebanistas se niegan a colocar tallas sin el label sindical. Y descansando en esta fuerza ajena se dan aire de revolucionarios.

Declaran una huelga y los ebanistas deben hacerse solidarios. En esta forma se da lugar a que cualquier malintencionado que nada tiene que perder, nos tenga continuamente en conflictos por mejoras que la misma organización de los ebanistas no las tiene.

No olvidemos que en muchos obreros hay una marcada maldad; ya lo hemos comprobado. Como hay interés en hacer que un sindicato pueda recibir un golpe de la clase enemiga valiéndose de algunos que militan en el campo obrero y que luego resultan ser instrumentos del capitalismo. Muchos de ellos desaparecen por temporadas y otros vienen y no se sabe de dónde.

Creo que debemos acostumbrarnos a que cada vez que necesitemos ir a una huelga y pedir solidaridad a otros sindicatos, se consulte a éstos con anterioridad para ver si están en condiciones de hacerse solidarios; de lo contrario, el Sindicato será un arma en manos del capitalismo, que podrá llevarnos cualquier momento a una huelga aun en perjuicio de nuestros intereses.

La organización debe plantear francamente sus problemas. No debe haber subterfugios y hacer las cosas siempre consultando los intereses de nuestra clase, estudiar sus problemas con altura, no dando lugar a que los incapaces, los parásitos, los que no sabemos de dónde vienen y qué propósitos los guía puedan desviar o sorprender la buena fe de los organizados.

Mucho ojo con los provocadores de huelgas en el movimiento obrero. Aún tenemos una clase fuerte enfrente y con mucha plata para sobornar a obreros desconocidos, con el ruín propósito de llevar por el mal camino a la organización obrera.

Juan CUOMO.

1.º de Mayo

Es sin duda alguna el día más solemne de la clase trabajadora. Es el día que los trabajadores sindicalmente organizados y federados hacen abandono del trabajo para salir a las calles y plazas a protestar contra el actual sistema de explotación capitalista.

No es por cierto la fiesta de un solo pueblo regocijándose por el entronizamiento de un partido político, sea cual fuera su color y sabor; no es por cierto el aniversario de una fiesta burguesa; es la protesta más formidable de la clase de los oprimidos contra todos los opresores del orbe.

Aquí como en todas partes del mundo, la policía y el Estado, genuinos defensores de los intereses de burguesía reacia y prepotente, pondrá todo obstáculo para la realización del Primero de Mayo, por ser ésta la expresión del odio irreconciliable entre la clase obrera y capitalista.

No ha de ser tampoco este Primero de Mayo como aquel del año 1909, en que la indiada policial se ensañó ferozmente y de una manera bárbara sobre la indefensa manifestación obrera, en la Avenida de Mayo, al salir ésta de la plaza Lorea.

En esa inicua y brutal agresión, digna solamente de los tiempos de Atila, quedaron 25 obreros muertos y más de 300 heridos, sin contar varios centenares de obreros detenidos.

No ha de ser lo mismo este año, por cuanto la clase de los explotados, es decir, los obreros sindicalmente organizados, están más fuertes y unidos que nunca.

Debemos los trabajadores en este Primero de Mayo demostrar a los tiburones de la Asociación del trabajo (ajeno) y a la Liga de los patrioteros, compuesta en su mayoría de ladrones y canfinfleros, que los trabajadores, a pesar de sus discrepancias en algunos momentos, estamos dispuestos siempre y cuando las circunstancias lo requieren, a defendernos de la clase burguesa, reacia y malvada.

Creo sinceramente que la protesta de los trabajadores en este Primero de Mayo debe adquirir una magnitud, que impida dormir tranquilos a nuestros explotadores, y demostrarles así que no ha de tardar mucho en llegar el día de la redención social, es decir, nuestra sociedad en que no haya ni explotados ni explotadores.

¡Viva el Primero de Mayo!
¡Vivo el Sindicato obrero!

Miguel ALTRUDI.

Enseñanza de la huelga

Surge de la huelga como esencial enseñanza, que el objetivo *material* de ella, es decir, el aumento del salario y el acortamiento de la jornada de trabajo, no es en el fondo sino el objetivo *aparente,* el motivo *grosero* y superficial; el beneficio real de la huelga es ante todo un beneficio moral: es la *cohesión obrera* agrandándose; son las *nociones jurídicas* nuevas, que se forman en la conciencia de los trabajadores durante el curso mismo de la lucha. Los obreros, en efecto, adquieren la experiencia de que, para triunfar les es necesaria una cohesión perfecta, no sólo de taller, de región, de nación, sino internacional; se convencen de que el *obrero aislado* es impotente; la *corporación obrera aislada* también, y que es necesario no sólo elevarse más allá de los límites impuestos a cada uno por su egoísmo individual, sino más allá mismo de aquellos impuestos por el egoísmo cooperativo o por el egoísmo nacional; ellos adquieren la conciencia de la *unidad internacional proletaria,* adquieren la conciencia de que si la clase trabajadora pudiese alcanzar a constituir un *bloc internacional* tan perfectamente coherente que ninguna ranura pudiese serle practicada, los trabajadores llegarían a ser al mismo tiempo los *propietarios reales* de todo el inmenso material de producción detentado por el capitalismo, y del que hoy no son, debido a sus divisiones corporativas y nacionales, sino los *virtuales propietarios,* los usufructuarios impotentes y precarios...

EDUARDO BERTH.

Se regala un estercolero

Los burgueses sólo se mueven bajo el acicate de la ganancia. El afán de riquezas es el dinamismo de esa clase cuyo advenimiento a la dirección social es el producto de un despojo. Y lo que en la burguesía aparenta un desprendimiento, un acto de generosidad, de altruísmo, no es sino una variación de los tantos métodos que usa para hacerse rica, cada vez más rica. Las rarísimas veces que en realidad da algo, no es a impulsos de la satisfacción que eso pudiera producirle, y sí guiada del sentimiento conservador que dicta al rico la conveniencia de desprenderse en ciertos casos de una pequeña e ínfima cantidad para retener una fortuna, fabulosa a lo mejor.

La acción benéfica de la burguesía es interesada en cualesquiera de los múltiples aspectos que ella se manifiiesta. No persigue más que la conservación de sus intereses, ya sostenga una escuela "gratuita", ya un asilo, ya un hospital o una casa de baños. De esa manera ofrece a los pobres un relativo bienestar que repercute en su seno con manifestaciones de tranquilidad y de paso se evita la molestia y el repugnante espectáculo de tener que salir a la calle para rozarse con osamentas de viejos gastados en el trabajo, alejando el contacto con puercos y leprosos.

Un hecho acaba de mostrar esa manera de ser en la burguesía, después de tantos otros hechos que de por sí establecieron esa condición.

Se trata de un cargamento de tocino podrido—más de medio millón de kilos—con el cual el gobierno de nuestra burguesía se proponía patentizar ante la población hambrienta de Viena, su alto espíritu de solidaridad con las desgracias ajenas.

La "generosidad" de nuestra burguesía fué descubierta, evitándose con ello el envenenamiento de la población a socorrer, gracias a la actitud de los estibadores de Hamburgo que se negaron a manipular los cajones que "conservaban" el tal tocino.

Ya el asunto en manos de la prensa, se quiere salvar "las buenas intenciones" del gobierno argentino, atribuyendo el origen de la podredumbre a la inescrupulosidad de los burgueses norteamericanos. (El recurso es patriótico).

De cualquier modo, el lío está entre los burgueses de aquí y los del Norte que durante dos años anduvieron peloteando unos cajones de tocino podrido destinado al socorro de una población muerta de hambre a consecuencia de otros hechos debidos también a los burgueses.

La podredumbre es tal, que ni los fabricantes de jabón alemanes quieren, ni aun de regalo, aprovechar para fines industriales el tocino "orlado de verde", según el decir de un corresponsal.

Y ahí está en Hamburgo la expresión de una dádiva burguesa que, por carecer en absoluto de valor, se regala a todo aquel que apetezca un estercolero.

Burguesía terrorista

No nos vamos a ocupar de ese terrorismo burgués en grande escala, cuya mejor expresión son sus guerras que ocasionan matanzas colectivas, que arrasan pueblos, destruyen ciudades y arrastran tras sí el hambre y las epidemias. Vamos a referirnos a ese terrorismo "ilegal", que lo mismo puede ser practicado por un individuo que por un grupo de interesados, y contra el cual claman siempre los burgueses escandalizados.

Un diputado español, ex gobernador de Barcelona, acaba de denunciar en el parlamento de su país un terrorismo patronal convenientemente organizado. Ese terrorismo patronal no es el que ejercita como represalias del terrorismo proletario, sino que es independiente de él y sus operaciones van principalmente dirigidas contra las mismas autoridades, contra los poderes "legales" cuya actuación no satisface plenamente las ambiciones del capitalismo .

Tenemos, pues, que las bombas de Barcelona, como los pistoletazos, no son obra exclusiva de los sindicalistas más que en la obligación que éstos tienen de recurrir a esos mismos medios para defenderse. Los patrones organizan sus complots, que, al ser puestos en práctica, se tradujeron en asesinatos y en lanzamiento de explosivos contra las mismas autoridades y los edificios por ellas ocupados. Las bombas que estallaron en la capitanía general de la ciudad nombrada, asegura el ex gobernador su origen patronal.

Tales acusaciones no pueden ser infundadas. Téngase en cuenta que las formula un diputado burgués que fué gobernador de la provincia permanentemente agitada, quien, por otra parte, asegura poseer los nombres de los terroristas encumbrados y que no quiere darlos a la publicidad para evitar represalias.

Esta última declaración es la afirmación tácita de que las cosas de allá ocurren a la inversa de como nos las pintan por aquí los periodistas venales. En efecto, los verdaderos terroristas, los iniciadores de ese sistema de lucha que emerge de las sombras, son los burgueses; el terrorismo sindicalista no es sino una justa consecuencia de aquél. Cuando atacan es menester defenderse y tomar represalias contra los atacantes si ello es posible, y esto es lo que hacen en definitiva los trabajadores de Barcelona y hacen bien .

Esta información coincidió con el estallido de una bomba en un establecimiento fabril de esta capital. Y un diario, acongojado por la muerte de una mujer a causa de ese hecho, ha creído conveniente explotar la nota sentimental de sus lectores para predisponerlos al odio hacia los autores de ese hecho que el mismo diario supone sean obreros.

Sin entrar a divagar sobre el origen de este hecho, es bueno hacer notar que el diario que tanto lamentó "la pobre víctima inocente", lo mismo que sus colegas ha enmudecido ante la constatación de que en Barcelona fueron muchos los inocentes que cayeron víctimas del terror capitalista; y decimos víctimas inocentes sin recurrir a la metáfora, pues de entre ellas descartamos a los sindicalistas que salvaron sus vidas de los atentados a causa de estar recluídos en las fortalezas como partes afectadas en la contienda. Las víctimas de Barcelona, como la que aquí se explotó con la baja moralidad propia de un diario burgués, eran también inocentes, pues ninguna de ellas representaba la autoridad que querían asesinar los burgueses.

Es que el terrorismo que los burgueses odian y por el cual se escandalizan como doncellas, es el que proviene de la clase trabajadora como un signo de desesperación y protesta por el terrorismo que contra ella han implantado los burgueses en todas partes y bajo todas las formas.

"I Fascisti"

Ninguno de los países europeos que cantan victoria, se halla en situación extremamente crítica, bajo todos los puntos de vista, como Italia.

Es la consecuencia de aquella irreflexiva y precipitada decisión del filibusterismo industrial y político por el cual Italia fué lanzada entre la vorágine de la conflagración guerrera provocada por entidades de agrupaciones capitalistas más desarrolladas y celosas unas de otras, de la preponderancia ejercida por cada cual sobre la economía política del mundo.

Nada puede invocar la burguesía italiana que le merezca la justificación póstuma de su felonía, a no ser los cien y más miles de millones de las deudas internas y externas, la lira a nueve centavos cuando en 1914 valía 45, y el papel de subordinada que actualmente desempeña Italia respecto a política internacional. Haber hecho inmolar medio millón de hombres, arruinado el crédito sin sacar siquiera compensaciones susceptibles de asegurar el porvenir industrial de la península, todo esto ha puesto en evidencia la incapacidad, la ineptitud y lo funesto del régimen monárquico capitalista italiano.

Los socialistas no han necesitado que la muerte y el tiempo acallaran las pasiones para tener razón sobre los prudentes consejos sugeridos cuando la burguesía de Italia aún no había decidido sobre la fatal determinación.

Que todos los políticos italianos de mayor figuración durante la guerra, encuéntranse en la actualidad completamente desautorizados lo demuestra la vuelta al poder del odiado Giolitti. Hombre que fué blanco de la acusación de traicionar los "intereses de la patria" sólo porque no quería que Italia participara en la guerra de pillaje y destrucción desencadenada por los bandidos del imperialismo, ya en lucha entre sí.

Ahora bien, todo lo predicho por los partidarios de la neutralidad más estricta ha sido superado con creces en Italia. Las condiciones económicas del proletariado son desesperantes, al extremo. Sin trabajo y con la vida excesivamente cara, no hay "victoria gloriosa" que valga para acallar el hambre. Y ese estado de cosas ha hecho cobrar mayor importancia al socialismo y de lo cual ha surgido el "fascismo" facineroso, amparado, naturalmente, por el mismo gobierno giolitiano. ¿Por qué los "fascistas" no se atrevieron en sus cobardes desmanes en el momento que las industrias de la península quedaron en poder de los obreros? Simplemente, por no correr el riesgo de ser ba-

Valor educativo de la acción directa

Por BARTOLOMÉ BOSIO

Cuando los trabajadores aún no han iniciado ningún movimiento en su condición de productores que se niegan a seguir trabajando en las condiciones establecidas por el patronato, ellos creen que los códigos y leyes, la constitución y las instituciones que forman el Estado salvaguardan los intereses y los derechos de los habitantes de la Nación, pertenezcan a la clase que pertenezcan. Es que el Estado por intermedio de sus instituciones escolares y por obra de sus asalariados intelectuales infunde esa creencia, desde temprana edad, hasta formar la mentalidad del ciudadano, haciendo de los individuos otros tantos creyentes de la omnipotencia estatal.

Una vez que se logra esto, los individuos, en su calidad de ciudadanos, creen de antemano en la eficacia de las leyes y de las instituciones políticas, contribuyendo a su funcionamiento y estabilidad. Creen en la paternalidad del Estado, en el "deber social" de los gobernantes, en la inviolabilidad de la constitución, en la eficacia de los recursos legales, en la rapidez de la justicia, en el rol de "guardián público" de la policía y en otras muchas cosas parecidas.

Los trabajadores viven sometidos a las leyes y moral que la burguesía ha sancionado por medio de su dominio. Instrumento pasivo en el taller, lo son igualmente fuera, en el mundo político-social. Su vida intelectual es alimentada por la ideología burguesa, por los profesionales del saber, que son los instrumentos que la clase dominante tiene en la esfera del mundo científico y literario. Su vida moral se inspira en la enseñanza que imparte la escuela, la prensa y la opinión pública burguesa, secundadas admirablemente por la acción del clero religioso y del clero togado. Hasta sus más mínimas manifestaciones se inspiran en el espíritu y en la práctica mercantil del mundo burgués.

En pleno régimen capitalista la clase obrera no es un conjunto de hombres que gocen de independencia moral, intelectual y material. Toda su vida interior, como una consecuencia lógica de las condiciones en que vive y trabaja, es una fiel semejanza de la moral burguesa. Domina la idea del tutelaje social. Para pensar se alimentan de la ideología burguesa. Consideran a los intelectuales como a dioses sociales, gente que tiene la misión de iluminar al mundo. Para sentir lo hace con la moral corriente, que es la moral enseñada por los dominadores. No tienen una moral propia que se hayan forjado de acuerdo con su condición de productores de la riqueza. Y en esas condiciones viven como un elemento pasivo, constituyendo la felicidad y el ideal del capitalismo.

Las clases dominantes, guiadas por el instinto de conservación, en el interés de perpetuar sus privilegios, siempre se preocuparon de su propia defensa, creando instituciones que la realizaran. Y la historia enseña que las clases opresoras no renunciaron nunca, espontáneamente, de sus privilegios, ni de su condición social. No destruyeron su sistema social, ni se transformaron ellas mismas en un sentido moral más elevado. Ni transformaron a sus dominados merced al renunciamiento de su colosal obra de explotación material y social.

El dominio y las riquezas transforman el alma humana, la endurecen, haciendo del hombre un frío calculador de ganancias. Su alma se barbariza, se insensibiliza, no siente los dolores ajenos. El dominador vive de la explotación, violentando en todas las formas inmaginables a los dominados; la redención por obra de los más o menos cercanos opresores es solamente pensada por la imaginación fantástica de filósofos imbéciles o cínicos, cuando no por el mismo obrero, cuya alma está corrompida por la moral capitalista. No hay más que recordar lo que pasa en la vida de todos los días y se verá como aun para las más insignificantes reformas y para el uso de los más elementales derechos y libertades los trabajadores se ven obstaculizados y deben de recurrir a una enérgica acción.

Los derechos de asociación, de reunión y de propaganda; la libertad de prensa, la inviolabilidad personal, están catalogadas como prerrogativas de todos los ciudadanos. El obrero goza del derecho de pensar que las condiciones en que vive son malas y que hay que combatirlas. Goza del derecho de pensar que la asociación con sus compañeros de trabajo es útil; y que puede asociarse. Puede aspirar a una mejor forma de organización social. Tiene el derecho de no trabajar cuando así se le ocurra, y de abandonar el taller cuando lo determine su voluntad. Todo eso puede pensar y desear. Le es permitido, y lo único que puede provocar es una irritación entre los capitalistas y su servidumbre, puesto que esa gente no puede considerar que se pueda pensar de otro modo distinto a lo que ellos piensan.

Cuando el funcionamiento de la producción capitalista empieza a ser perturbado por las agitaciones y los movimientos obreros, y éstos llegan, por su extensión e intensidad, a asumir el carácter de verdaderos conflictos sociales, el Estado, con todos sus órganos y medidas coercitivas, interviene. Violenta la voluntad de los obreros, domina la situación o el movimiento, debilita la organización y la acción proletaria mediante el aprisionamiento de los más activos. Decreta estados de sitio, clausura los locales de reunión de huelguistas y prohibe las manifestaciones, invocando razones de orden público

Cuando los trabajadores por primera vez se agrupan en sindicatos y entran en acción contra el patronato, a despecho de todas las fórmulas y declaraciones democráticas, los capitalistas intentan, prácticamente, anular la nueva asociación. Son enemigos activos del derecho de asociación de los obreros. Lo primero que hacen es establecer un riguroso boicott, con el propósito de eliminarlos de los talleres, y al mismo tiempo infundir miedo a los menos animosos. Bajó la presión del hambre pretenden alejar de la lucha a los que más estorban.

Esa es la práctica patronal por encima de todos los principios democráticos. Y los celosos guardianes del ídolo democrático no se inmutan en lo más mínimo ante los ataques efectivos llevados a cabo contra los trabajadores que, valiéndose de las libertades, según la enseñanza cívica, con su parcialidad o con su silencio se hacen cómplices y llegan a ser instrumento activo de esa práctica patronal.

El Estado. velando por los intereses capitalistas y por la conservación de al sociedad burguesa, por medio de la magistratura y de la policía persigue a los más activos de los obreros organizados, los encarcela, los procesa. Escudándose en la "libertad de trabajo" impide que los obreros huelguistas puedan convencer a los no huelguistas. Clausura los locales obreros cuando le parece, anulando de hecho las libertades democráticas cuando las utilizan los trabajadores.

Son hechos que se producen con mucha frecuencia.

En el campo socialista, donde predominan políticos e ideológicos, existe la tendencia y la costumbre de considerar esos hechos como una manifestación de la "barbarie" o de la "falta de cultura", cuando no como un "abuso" o una "arbitrariedad" de los gobernantes. Eso implica reconocer al Estado un carácter de protección social; y a las acciones que hemos indicado se las considera como una extralimitación o un abuso, que sólo son pasajeros y que terminan con el advenimiento de gobernantes honestos, respetuosos de la constitución.

Los mismos hechos que son inherentes al movimiento obrero van ilustrando a los trabajadores sobre el rol verdadero del Estado, y destruyen la tendenciosa enseñanza de la instrucción cívica burguesa.

El movimiento obrero provoca situaciones materiales que hacen desplegar todas las fuerzas del patronato y del Estado. Las disposiciones políticas de la constitución que directa y claramente puedan favorecer a los intereses capitalistas, son puestos rigurosamente en práctica. Se adoptan todas aquellas medidas que puedan dar el triunfo. Cuando es posible respetar las apariencias las respetan, y lo hacen con el propósito conservador de no desacreditar sus códigos, leyes, principios democráticos e instituciones políticas. Cuando no es posible vencer en esas condiciones, entonces, colocan al adversario en el modo más desventajoso, aun cuando deban suprimir libertades y derechos fundamentales.

Es fatal que así suceda, puesto que la lucha de clases no es una simple fórmula sociológica, ni un torneo oratorio, ni una discusión teórica, ni una entrevista diplomática, sino una acción material, una realidad dolorosa para la producción y la ganancia capitalista, con una trascendencia social que amengua el prestigio y la autoridad pattronal en el taller, y el prestigio y la utilidad de las funciones del Estado.

Y esta obra represiva no es más que la práctica de la ley fundamental que rige las asociaciones humanas, individuales y colectivas o de clase. Es el fenómeno fundamental de la lucha por la conservación de una condición social ventajosa.

El mismo movimiento, con la fuerza crítica de los hechos, les brinda una enseñanza nueva sobre derechos y libertades; borra la influencia de la instrucción cívica, los despoja de la ideología burguesa, los hace fuertes con sus mismas fuerzas y hace que repongan su emancipación en sus propios esfuerzos revolucionarios.

Las teorías ni las fórmulas no transforman ni educan. Ni el llamado al cumplimiento de un "deber" no obliga a quienes no tienen interés en respetar cosas y disposiciones que les son un obstáculo. Y mucho menos es una buena escuela para los trabajadores la esperanza en que el Estado cumpla estrictamente con sus deberes. La acción de los trabajadores en el campo de la producción, no sólo muestra que la vía para el logro de las aspiraciones proletarias es otra muy distinta de la que propician los partidos, sino que su valor educativo de clase es absolutamente nulo cuando no se hace acción directa.

Para llegar a comprender el alcance de la acción directa como fuerza transformadora de la vida del taller y como medio educativo de las masas obreras, es indispensable comparar, aun sea ligeramente, el funcionamiento del taller y la vida de los trabajadores cuando domina en absoluto la voluntad patronal, con lo que sucede una vez comenzada la lucha, y a medida que se desarrolla.

En el taller los obreros, con su actividad de productores, valorizan el capital, aumentan la potencia económica del capitalismo, y viven como lo determina la autoridad del dueño. Trabajan bajo la presión del hambre. No ponen en juego su iniciativa personal, ni su voluntad, como hombres que quieren ser dueños de su destino. En estas condiciones, el trabajo resulta una cooperación obligada, impuesta y organizada, no ya por los mismos obreros, sino por una fuerza y una voluntad externa y extraña. Y para conservar ese carácter de la organización capitalista, se ha establecido una organización autoritaria con las jerarquías correspondientes que vinculan el explotado al explotador, anulando la autonomía y la libertad de los trabajadores.

Como es de comprenderse, las condiciones en que viven los obreros no son las que les satisfacen y convienen, sino las que rinden provecho al capital, conservan el mayor prestigio social del capitalista y respetan la autoridad y organización patronales, provocando al mismo tiempo la más abierta y profunda desunión entre los explotados. Por esa disposición capitalista los obreros resultan elementos pasivos, sin vinculación entre ellos mismos, desconociendo el valor de su propia obra de porductores, sin conciencia de su imprescindible necesidad como elementos del taller y de la producción.

La lucha contra el patronato, la acción directa, hace que las condiciones del trabajo se modifiquen de acuerdo con las aspiraciones y deseos de los obreros. Antes, quien determinaba cómo y en qué condiciones se debía de trabajar, era exclusivamente el capitalista. Ahora, mediante la lucha, se comienza a trabajar como lo desean los obreros. La voluntad absoluta del dueño impera en el taller y en el campo cuando no hay lucha. La voluntad obrera comienza a formarse y a ejercer su acción cuando hay lucha. El rigor de la ley de la demanda y de la oferta es atenuado en parte y tiende a ser anulado por la intervención de la fuerza obrera. La acción directa hace que se rompan las relaciones de dominio, los obreros se despojan de su habitual pasividad y, animados por el espíritu de combate, comienzan a hacerse valer en el taller. Con sus propios esfuerzos modifican su vida de asalariados, implantan nuevas prácticas, discuten, contrastan el dominio capitalista; desalojan, paulatinamente, la autoridad y el derecho del amo. Cada victoria obrera es un detrimento del dominio capitalista, una mayor capacitación revolucionaria de los trabajadores. La reglamentación del trabajo, la admisión y el despido de obreros, la forma en que ha de producirse, el monto del salario, la duración de la jornada y las demás disposiciones, ya no son de exclusiva incumbencia patronal. Otra fuerza se ha venido desarrollando en el seno mismo del taller: "la voluntad obrera", que, entrando en choque con la voluntad patronal y afirmándose victoriosamente, se convierte en un poderoso medio de capacitación revolucionaria.

Los trabajadores ya no esperan, pacientes y confiados, que otros vengan a mejorarles su vida, a procurarles su emancipación, a darles capacidad para rebelarse contra la dominación capitalista. Aprenden a imponer sus derechos allí mismo donde hasta entonces fueron esclavos del deber. Aprenden a conocer la eficacia y la necesidad de su propia intervención para transformar su vida de productores explotados y oprimidos. Ellos mismos laboran su porvenir, rompen las relaciones de dependencia que ha establecido la organización capitalista del trabajo, se acostumbran a gestionar sus intereses defendiéndose a sí mismos, con sus propias fuerzas, excluyendo intervenciones externas. En esta forma destruyen toda idea de inferioridad social al afirmar en los hechos su personalidad de productores revolucionarios.

En esa gimnasia altamente saludable los trabajadores educan su voluntad, se libran cada vez más de opresiones y se empeñan en la tarea de emanciparse ellos mismos. Cada mejora, derecho o libertad alcanzados de ese modo, despiertan en ellos un profundo y real sentimiento de respeto hacia su bienestar y su libertad. Y al mismo tiempo se genera un sentimiento de solidaridad efectiva que destruye la concurrencia existente entre los mismos trabajadores. La acción directa pone a prueba la necesidad de la solidaridad. Cuanto más se palpan las consecuencias favorables o desfavorables de la organización o de la desorganización, con mayor fuerza germina el sentimiento de solidaridad. Sólo así se valora su eficacia, se desea su practicabilidad y se hace efectiva.

La acción directa es poderoso medio educativo. Da fuerza, energías y la confianza en sí mismos: hace del obrero pasivo, del creyente en la eficacia del Estado y de los partidos un obrero revolucionario, un creyente de su propia fuerza. Exalta su personalidad de productor, le instruye en su rol de combatiente y le preserva de influencias extrañas y externas.

Produce en el taller y en los trabajadores todos aquellos fenómenos materiales, morales e intelectuales precursores y necesarios para que la toma de posesión de los instrumentos y medios de produción y del cambio, la conquista del taller y de la tierra, por medio de la huelga general, no resulte una ilusión para los trabajadores.

(De un libro a aparecer).

den social", en cuyo mantenimiento estaba igualmente interesada "La Vanguardia".

Sin gran esfuerzo, el diario rico demostró el paralelismo existente entre el partido propietario del diario de referencia y la Liga patriótica; la identidad de propósitos en las dos corporaciones y la unanimidad de los conceptos doctrinarios relativos a la teoría de la evolución social, que, según "La Vanguardia" y la Liga, debe efectuarse con mucho cuidado, sin chirridos que denoten imperfección en el sistema capitalista, o, cuando menos, que acusen falta de aceite en los engranajes. Las dos instituciones aman el bien; pero ese bien que se obtiene a la larga, sin quebrantos y muy despacito.

Por último, y para establecer una indiscutible reciprocidad de acción protectora, el diario de las severidades hace notar a su colega que la Liga está para evitar que se le rompa la cabeza a los diputados del partido que fueron objeto de tal amenaza en el congreso de Bahía Blanca.

"Nada nos separa; todo nos une". Sólo faltó decir eso a "La Nación" para borrarle al partido socialista lo único que le dejaron los ex afiliados que en Bahía Blanca le llamaban amarillo: el nombre.

El favor de "La Nación" es lamentable. Nada le tiene que agradecer "La Vanguardia" por el descubrimiento. En ese terreno, tres o cuatro sueltos más del diario grande bastan y sobran para colocar al partido socialista en la situación de una brigada de la Liga Patriótica.

SPARTACUS.

En la unión radica nuestra fuerza

Las mutuas recriminaciones y las recíprocas acusaciones que hasta la fecha habían mantenido una línea divisoria entre organizaciones obreras sindicalistas, parece que van cediendo al influjo del momento histórico, que reclama imperativamente la unificación de todas las organizaciones obreras del país.

No sabemos si ha sido favorable en algo ese colapso de tiempo gastado en controversias sumamente enconadas sobre cuestiones de tácticas y de doctrinas. Pero reconocemos que por ambas partes ha habido un celo de emulación para llegar al actual nivel moral y material de los obreros organizados.

Ahora que los sindicatos han alcanzado una respetable eficiencia numérica y que es necesario infundirle la fe en su porvenir, sería criminal continuar divididos en dos bandos.

Frente a la burguesía vigilante, provocadora y lista para las eventualidades se hace imprescindible llevar a la práctica la unificación de los obreros sindicalmente organizados.

Atravesamos horas de honda incertidumbre. El caos es tal, que hasta las mismas *sibilas* ni por broma se aventuran a congeturar sobre el futuro.

Se oye un afilar de armas por todas partes. Tenemos el presentimiento de algún golpe concertado entre Francia e Inglaterra para ver de liquidar el bolsheviquismo. Las reticencias opuestas al tan discutido convenio económico

con la Rusia comunista justifican nuestro presentimiento. Es inútil perdernos en cavilaciones: la cuestión social cada día viene demostrando su trascendencia internacional.

Suponer que con los reveses sufridos, el capitalismo confabulado acabe por cruzarse de brazos frente a la ascención del proletariado ruso redimido, sería una ingenuidad.

Haya o no propósitos belicosos inmediatos en esos rumores que insistemente hacen circular las agencias cablegráficas capitalistas, lo cierto es que la situación se complica de manera aprensiva.

Admitamos la hipótesis de que los rumores apocalípticos obedezcan al intento de explotar el cansancio de las masas populares rusas. Esto de por sí haría dificilísima la tarea reconstructiva de los bolscheviques.

En la espectativa de los sucesos, de una cosa estamos seguros, y es que los gobiernos capitalistas creen que a fuerza de hostigar con amenazas a los bolscheviques podrían obligarlos a transacciones pecuniarias.

El tiempo dirá de esas ilusiones que alimentan los bandidos.

Hemos hecho esa breve digresión, que no estará fuera de lugar, para sintetizar los esfuerzos, que allá, en Europa, está haciendo la reacción capitalista en su intento de aniquilar con la revolución rusa todo anhelo del proletariado universal.

¿Acaso no procede de la misma forma la burguesía argentina?

Reflexionen los compañeros que tienen la incumbencia de realizar la obra unificadora de los trabajadores organizados del país.

Hay minutos en la historia que deciden los acontecimientos humanos. No demoremos. La burguesía se ha fortificado de manera harto evidente. Recordamos lo de la semana de enero de 1919, en la que no hubo ni "causa" y ni "régimen", enseñándonos una vez más que en todo peligro los *intereses creados* se mancomunan dejando para *las horas de siestas* las diversiones opositoras.

¿Por qué no hemos de hacer lo mismo nosotros, los obreros organizados?

Hoy por hoy no caben disidencias que sólo sirven para debilitarnos. ¿La experiencia bolscheviqui no nos está enseñando nada? Sería de lamentar si no aprendiésemos nada con ese duelo que vienen sosteniendo los bolscheviquis. Dejemos, pues, en buena hora, los antagonismos estériles y perniciosos. Se impone la unidad obrera y ha de llevarse a cabo para demostrar al capitalismo indígena y extranjero, que somos un bloque completo de energías y de voluntades. Nunca el axioma de que *la unión hace la fuerza* se hizo para los obreros más evidente que hoy.

¡Adelante, pues, en nuestra obra de unificación del proletariado organizado del país, si queremos llegar a conquistar victoriosamente nuestro sitio en el banquete de la vida!

MALDERA.

Las patrañas del trust cablegráfico

En el número 102 de "El Obrero Ebanista", con un suelto titulado "Reanuncios Conocidos" llamábamos la atención de los obreros organizados sobre la insidiosa campaña de las empresas noticiosas, evidentemente confabuladas para hablar todo lo mal posible de los bolcheviques.

Quisimos recordar lo del año pasado cuando con el mismo santo y seña, los cables, cubriendo los propósitos de la agresión polaca, preanunciaban con "todos sus particulares" los grandes aprestos bélicos de los bolscheviques rusos.

¿Qué opinión se habrán hecho los obreros de la última intentona antibolchevique de la cual no queda eco? Sería curioso conocerla.

De nuestra parte, tuvimos inmediatamente la intuición de que el gran movimiento antibolchevique era un bluf.

Aleccionados con los cuatro años de continuo mentir alrededor de la revolución rusa, nos resistimos a creer en la misma verdad, si algún día los cables tienen la franqueza de decirla.

El can-can hecho en torno al movimiento antibolchevique, según nuestra opinión, ha tenido conexión con la conferencia de Londres y el plebiscito de la Alta Silesia. Especialmente con relación a la primera, porque debían en ella tratar del escabroso asunto de las reparaciones que, como se sabe, la delegación alemana se negó a reconocer.

Ahora bien: habiendo los gobiernos de Francia e Inglaterra amenazado con las penalidades ahora en ejecución, eso hace suponer una discusión preliminar ventilándose, naturalmente, todas las incidencias, incluso una alteración estilo bolchevique.

Para despejar esta terrible incógnita nada mejor que agitar el espantajo antibolchevique, por si acaso los alemanes se ilusionaban con la ayuda de la Rusia Comunista.

¿Se quiere una prueba de que la rebelión antibolsevique ha sido una colosal mentira propalada exprofeso? Nos basta con sólo mencionar el convenio comercial firmado en Londres entre Krasin, representante de Rusia sovietista, y Lloyd George, apenas unos días después que los ejércitos aliados habían ocupado la orilla oriental del Rhin.

De haber sido cierta la perspectiva de un derrumbe bolschevique, Lloyd George no se habría apresurado a poner la firma al convenio comercial.

Es hora de comprender la razón que motiva el ensañamiento de la Agencia Havas en no dar tregua a los bolcheviques. Estando al servicio del ministerio de Relaciones Exteriores de Francia, todo lo que diariamente inventa y da a la circulación la infame Havas contra los bolcheviques rusos, es ni más ni menos que el fruto del rencor y del despecho por los sonados triunfos del ejército rojo, que hicieron imposible toda esperanza de cobrar las deudas contraídas por el aborrecido zarismo.

Quedan las otras empresas noticiosas, cuyo vínculo con el capitalismo determina la obligación de difamar sistemáticamente al bolcheviquismo, primero porque constituye una amenaza para la existencia del capitalismo, y segundo por la suposición de que a fuerza de insinuar maldades e insistir sobre la llamada "obra negativa" de la revolución bolchevique, alejarían el peligro de una catástrofe universal del régimen capitalista.

Esa es la razón de la uniformidad de las noticias contrarias a toda manifestación bolchevique que a diario se publican.

Tenemos la convicción de que el gobierno francés subvenciona o se ha puesto de acuerdo con las demás empresas cablegráficas a fin de eliminar las contradicciones en torno del bolcheviquismo y tal vez en el intento de mejor hostilizarlo "moralmente", ya que materialmente es cosa imposible.

¿Por qué? El caos europeo de difícil pronóstico; la crisis industrial; los enardecimientos que ésta produce en las filas obreras; la prolongación del estado de guerra; la disconformidad de criterios siempre más divergentes entre los gobiernos aliados, han de ser preocupaciones no muy gratas para los gobernantes franceses. Sin embargo, no pueden ser comparadas con las dificultades de orden financiero que la victoria le está trayendo a Francia. La calma, por ser sospechosa, refuerza lo de las subvenciones a las demás empresas noticiosas. No es admisible que de todos los países más castigados por la guerra, solamente Francia se vea libre de las consecuencias.

¿Que la guerra haya eliminado del tapete la lucha de clases? Esto sí que sería un fenómeno trascendental, raro y único en la historia.

Conclusión: Atrapado en un atolladero de complicaciones peligrosísimas, el capitalismo francés no escatimará medios para evitar toda explosión de amargas desilusiones entre quienes más sienten las consecuencias post-bélicas.

X. X.

La dinámica de las ideas

En tanto que los idealistas sostienen que las ideas dominan y producen los hechos, los comunistas, de acuerdo con el materialismo científico, dicen, al contrario, que los hechos dan nacimiento a las ideas y que estas últimas no son nunca otra cosa que la expresión ideal de los hechos cumplidos; y que entre todos los hechos, los hechos económicos, materiales, los hechos por excelencia, constituyen la base esencial, el fundamento principal, de los cuales los otros hechos, intelectuales y morales, políticos y sociales, no son otra cosa que los derivativos obligados.

¿Quiénes tienen razón: los idealistas o los materialistas? Una vez planteada la cuestión toda vacilación se hace imposible. Sin duda alguna, los idealistas se equivocan y los materialistas tienen razón. *Sí; los hechos priman sobre las ideas; sí; el Ideal, como lo ha dicho Proudhon, no es más que una flor, cuyas condiciones materiales de existencia las constituyen la raíz; sí; toda la historia intelectual y moral, política y social de la humanidad es un reflejo de su historia económica.*

MIGUEL BAKUNIN.

Sindicato por industria

El asunto planteado en nuestro gremio relacionado con la constitución del Sindicato por industria, debe ser objeto, por parte de los camaradas que se interesan por la organización, de un amplio estudio, tendiente a hacer que sea aclarada y comprendida esta forma de organización, destinada a imponerse universalmente.

Convencidos de la necesidad y conveniencia de la implantación del sistema de organización mencionado, expondremos en estas breves líneas nuestra opinión, respecto a tan importante asunto, seguros de contribuir con ello—en forma modesta—a aclarar convenientemente la cuestión, que con tanta oportunidad ha sido puesta en debate, y de la cual, muchos camaradas, a juzgar por sus apreciaciones al respecto, han confundido lamentablemente el asunto, haciendo de él, más que una cuestión de intereses y necesidades de la organización,—tal como es,—una cuestión de sentimiento, que llega a desvirtuar el propio asunto, a punto tal, que de no encauzarnos llegaremos a no saber al final lo qué tratamos.

Nos explicamos, por nuestra parte, lo fácil que es no encarar el asunto desde un principio con la altura y conocimientos indispensables, pues es propio ello, de toda iniciativa que por ser algo nueva y no practicada aún en nuestra organización, se presta a las más caprichosas interpretaciones que es obvio decirlo no conducen a nada práctico.

La idea del Sindicato por industria, que empieza a debatirse entre nosotros, no es de ninguna manera una forma de organización nueva, sino por el contrario, ella ha sido y es practicada con todo éxito y buen resultado en algunos países de Europa.

El desarrollo mismo de la organización proletaria, y la necesidad y conveniencia de la misma en disciplinar en lo posible su acción anticapitalista, trajo por resultado la demostración de las bondades del sistema de organización por industria. Y una de las características de la concepción sindicalista ha sido precisamente ésa.

La misma revolución rusa nos prueba cabalmente que se hace indispensable la centralización de la dirección del movimiento de los productores a los efectos de hacer converger los esfuerzos y energías de los mismos, en todos los casos que ellas debieran ser empleadas.

Y para hacer nuestra exposición más clara y comprensible, trataremos de plantear un caso que a diario se plantea en nuestra organización y que demuestra palmariamente lo indispensable que se hace la implantación del sistema en cuestión.

Supongamos un taller de Ebanistería, donde tiene cabida para la elaboración del producto, obreros tapiceros, tallistas y torneros, a los cuales débese consultar en caso de un conflicto, con el capitalista, por intermedio del Sindicato correspondiente.

Todos estos largos trámites, quedan reducidos a un mínimo, puesto que con el sistema del Sindicato por industria, los trabajadores dedicados a la misma forman un solo organismo, entre sus respectivas secciones, regidas ellas por una sola carta orgánica, y para su dirección y administración en Comité central, el que se encarga de coordinar los esfuerzos de los sindicados, sean de cualquiera de las ramas de la industria, presentando todos sus reclamaciones y luchas en conjunto, con las consiguientes ventajas.

De esta manera todos los obreros de un establecimiento, desde el carrero al dibujante, están estrechamente vinculados en su acción contra el capitalismo, haciendo, por otra parte, imposible la acción personalista y caudillesca de los individuos poco escrupulosos.

De acuerdo a la forma de organización esbozada, ningún personal puede asumir una actitud por su cuenta y riesgo sin antes consultar a los demás obreros del establecimiento, al que pertenece, neutralizando y limitando así la obra disolvente de cualquier sujeto que, escudándose en la "amplia autonomía" de sus sindicatos, embarcan a los personales en aventuras que pocas veces resultan bien.

En cuanto a la propaganda y educación de los obreros, ello resulta más factible y de mejores resultados, cuando vinculados estrechamente en la acción, lo son en el pensamiento.

Todo esto se entiende fiscalizado siempre y en todos los casos, por el "Comité Central" del organismo, compuesto por miembros de las distintas ramas que lo componen.

Las ventajas del sistema resultan evidentes al menor análisis, y de ser adoptado en nuestra industria, contando desde ya con una educación societaria, sino perfecta, cuando menos suficiente, tendríamos en la práctica sus frutos de inmediato y seguros.

Respecto a las ramas que deberían formar el Sindicato de nuestra industria, que podríamos llamar del mueble, creemos firmemente que nadie más indicados que los Ebanistas con sus similares y anexos, los Tapiceros, Doradores, Tallistas y Torneros, todos los cuales intervienen en la construcción del mueble y ebanistería en general.

Respecto a la inclusión de los Carpinteros en el Sindicato a formarse,—según opinión de algunos compañeros,—que como decíamos al principio han hecho de este asunto una cuestión de sentimiento más que de puro interés y conveniencia de la organización obrera, creemos que no es el sitio que a ellos corresponde como obreros que intervienen en la construcción, sino que, lógicamente, deberán formar en el Sindicato de la industria de la construcción. ción.

Para abonar nuestro criterio a este respecto, no creemos necesario traer ejemplos, sino que nos bastaría hacer notar que los obreros carpinteros dedicados a la construcción se encontrarían en situación imprecisa, si formando parte del Sindicato de la industria del mueble, tuvieran, como es deber de todo organizado, que peditarse y acatar las resoluciones del Sindicato de la industria de la construcción, a la cual dedican sus actividades, y que, por lógica consecuencia, deben de integrar.

Los casos de los pocos talleres mixtos que existen, deberán ser tema de discusión cuando se llegara a constituir el nuevo organismo, y no hacer de ese asunto una cuestión fundamental, cuando en realidad, no es sino un detalle en los cuales no es posible detenerse al tratar un asunto de la importancia que nos ocupa.

Por otra parte, el hecho de no estar vinculados los obreros que formarían este Sindicato a los obreros Carpinteros, no significa—como algunos pretenden—que ello deberá ser causa de enconos y disidencias, sino, por el contrario, las cosas, en el peor de los casos, marcharían como hoy; esto es, discutiendo y aclarando cada caso y resolviendo con toda sinceridad y altura las cuestiones de acuerdo a las necesidades de las organizaciones.

De todo esto se deduce, que si razones de organización como las expuestas, nos obligan a constituir un organismo donde no podría intervenir una de las ramas, la cual, si bien es de la madera, tiene su sitio en otro organismo, ello no significa en ningún caso violencia o mala voluntad, sino conocimiento y comprensión de las necesidades e intereses de la organización obrera, la que está por encima de criterios personales y debilidades de doncellas.

José A. ANGIOLILLO.

Glorificación de la guerra

Considerada la guerra como un crimen, ningún jefe de Estado se ha confesado su autor. Cuando se ha considerado como gloria y honor, todos se la han apropiado. La justicia les ha arrancado esta confesión de que debe tomar nota la conciencia justiciera de la humanidad. Una vez glorificado el crimen de la guerra, los señores de las naciones han hecho de su perpetuación el tejido de su vida.

De ahí resulta que la historia, constituída en biografías de los reyes, no ha sido otra cosa que la historia de la guerra. Y como si la pluma no bastase a la historia, la pintura ha sido llamada en su auxilio, y hemos tenido un nuevo documento justificativo del crimen que tiene por autores responsables a los jefes de las naciones.

La pintura histórica no nos ha representado otra cosa que batallas, sangre, muertos, sitios, asaltos, incendios, como la obra gloriosa y digna de la memoria de los reyes, sus autores y ejecutores inmediatos.

¿Qué ha sido un museo de pintura histórica? Un hospital de sangre, una carnicería en que no se ven sino cadáveres, heridos, agonizantes, ruínas y estragos de todo género. Tales imágenes han sido convertidas en objeto de recreo por la clemencia de los reyes.

Imaginad que en vez de ser pintados, esos horrores fuesen reales y verdaderos, y que el paseante que los recorre en las galerías de un palacio oyese las lamentaciones y los gemidos de los moribundos, sintiese el olor de la sangre y de los cadáveres, viese el suelo cubierto de manos, de piernas, de cráneos separados de sus cuerpos, ¿se daría por encantado de una revis-

De la escuela vuestra—obrera y revolucionaria—no debe salir un niño con la cabeza llena de abstracciones y de hipótesis; esto es secundario y frecuentemente perjuidicial; debe salir un sujeto lleno de voluntad y de impulsos, impresionable por todos los aspectos de la vida y con un deseo irrefrenable de triunfo y de pelea.

Cuando se pretende que la condición inferior del proletariado es una consecuencia de su ignorancia, y se afirma que la escuela es capaz de remediar el mal, instruyendo al obrero, se pretende y se afirma un disparate.

No es necesario que reconstruya en este momento el proceso de formación del régimen capitalista, y por tanto el surgimiento del proletariado que es su consecuencia, para demostrar lo absurdo de tal concepto.

Baste una sola observación: en el desarrollo histórico de las clases y en la formación de las mismas, la fuerza juega un rol primordial. Marx ha establecido que la violencia genera las posiciones iniciales en la economía. Y la formación del capitalismo se inicia con una serie de violencias y de actos de fuerza, que llevan a la burguesía al dominio del mundo. La burguesía se impuso a sus antecesores privilegiados porque fué más fuerte y más capaz. El proletariado ha sido el último en llegar, e ignorante o sabio, ha tenido que aceptar, transitoriamente, el rol de productor sometido a la voluntad capitalista.

Es inferior por el hecho mismo de su surgimiento, por el proceso que lo ha creado, pero no por su ignorancia.

Y mientras no sea fuerte y capaz de anular la voluntad capitalista y de ampararse de la producción, seguirá bajo la dependencia burguesa, aunque sea sabio, muy sabio, todo lo sabio que se quiera.

Es que, camaradas, lo fundamental para vuestra emancipación no está en saber que Sócrates era en el fondo un optimista como Descartes, que Kant ha distinguido una razón pura y una razón práctica y hablado de un imperativo categórico, o que Darwin ha sentado la doctrina de la aparición y transformación paulatina de las especies en el globo, sino en algo, aparentemente modesto pero mucho más fecundo y útil: en la comprensión de vuestra condición de productores, en la reflexión de vuestra vida y en la convicción de que la lucha de clases no es sólo un motor social, sino, también, el medio único e insuperable que os lleva a la libertad y por tanto al pleno desarrollo de vuestra individualidad.

Por eso sostenemos que la escuela es incapaz de modificar vuestra condición de clase y que sólo corresponde a ella un papel secundario en el proceso emancipador.

La escuela sólo puede hacer bien cuando se la interpreta con el criterio enunciado antes.

Pretender que la liberación obrera es sólo cuestión de instrucción, en el sentido de una difusión de los conocimientos, y que la escuela es entonces el instrumento de la revolución, es ser un reaccionario y un enemigo, consciente o inconsciente, de la emancipación proletaria.

Y Sorel ha hecho notar el enorme peligro que para el movimiento obrero revolucionario, encierran las universidades populares y escuelas laicas.

Si los trabajadores se dejan encauzar por esa corriente intelectualista, pierden lo más bello y más fecundo de su espíritu: el deseo de guerra y la afirmación de su personalidad de clase.

En el decurso del movimiento obrero, dos graves peligros le acechan y conspiran contra su robustecimiento: el peligro político, que pretende hacer servir la fuerza proletaria a propósitos ajenos a la revolución, y el peligro intelectualista, que disloca y trastorna y obscurece las nociones y los sentimientos más fecundos que la vida y la lucha crean en el alma y en la mente del poletariado. Y si ha sabido declarar guerra a la política, que no es más que política burguesa, sea cual fuere el rótulo con que se nos muestre, que sepa, también, declarar guerra al intelectualismo, que no es más que intelectualismo burgués, cultura burguesa, caricatura y enseñada por malos pedagogos.

Y si no están en el libro, en la ciencia y en la escuela, las fuentes innegables que manan la progresión humana, y por tanto la superiorización del proletariado, ¿dónde buscarla?

En la vida y en la acción.

Considerar la vida como un esfuerzo, es ya adquirir una noción fecunda. Considerar que el hombre es el agente, el creador de la historia, es una noción más honda y más fecunda todavía.

Saber que las ideas son sólo un móvil aparente de la acción, es llegar al secreto mismo de nuestro dinamismo.

La idea nace de la acción y debe vol ver a la acción, bajo la pena de decadencia por el agente, es decir, el hombre, ha dicho Proudhon.

La idea pura, aislada de las condiciones de vida que la crean, es un fósil. Cuando vuelve a la acción es porque se le agregan elementos afectivos y deja de ser idea, para integrarse en la matriz fecunda que le diera origen: la vida, considerada como un proceso de antítesis y de lucha.

Y las ideas que pueden germinar en el proletariado, son sólo la representación de condiciones de vida, el reflejo de situaciones específicas y propias a su naturaleza de productor sometido a la voluntad capitalista, quiere suprimir esa dependencia y asumir la gestión de la producción en una sociedad libre.

En la organización revolucionaria y en la lucha, es donde su personalidad histórica se afianza y se define.

Todo lo que el proletariado puede ser y todo lo que puede dar, lo será y lo dará por virtud de su esfuerzo y de su acción.

Es ya demasiado extensa esta conferencia, para que continúe analizando este punto, el más interesante de cuantos puedan presentársenos.

De la guerra de clases ha de surgir la sociedad nueva; y el proletatriado salvará de la decadencia al mundo, al determinar, con su revolución fecunda, un nuevo estadío humano.

Casus belli

La escena en la campiña de Chile. Si preferís, la del Perú; no hay inconveniente. El cuento sería poco más o menos el mismo.

Un hermoso militar, tanto más hermoso cuanto que va armado hasta las uñas, y el acero brilla alegre al sol, se apea a la puerta de un rancho.

—¡Eh! ¿No hay nadie?

—Entre.

Una mujer en la cama, chiquillos sucios por el suelo.

—Vengo por Juan.

—¡Ay, Jesús! Está en la chacra.

—Al diablo la chacra! Me lo llevo al batallón. Estamos por declarar la guerra.

—Ay, Jesús!

Juan llega pesadamente, azada al hombro. Suda: ya se sabe que es por maldición expresa del Dios de misericordia.

El campesino se entera. El del sable explica. —¿Entiendes? El ministro de acá mandó de obsequio una corona al de allá, y el de allá se la devolvió al de acá. Ya ves... una porquería, una infamia! Tenemos que degollarlos a todos.

—¿A quiénes?

—A los peruanos.

—Yo creía que era a los bolivianos; pero es igual.

—Qué será de nosotros!—llora la mujer.

—Tú, como estás enferma, no puedes trabajar. Si tardo, si no vuelvo, vende el rancho...

—En tiempo de guerra no habrá quien se lo compre—dijo el de las espuelas sonoras.

—Bueno, ya lo oyes: ¡revientas! Los niños se te mueren de hambre. O se te acercan fuerzas amigas o enemigas y te saquean el cofre y te queman la casa.

—¡Ay, Jesús! ¡Qué desdicha!

—Desdicha no, gloria sí—dice el guerrero.—Marchemos, Juan.

—Adiós—balbucea el labrador.—Qué quieres? Como el ministro devolvió la medalla...

—No era medalla, era corona—corrige el héroe.—Qué torpe andas de entendederas hoy!

—La impresión...—suspira Juan.

Y los dos hombres caminan, uno a caballo y el otro a pie, por en medio del inmenso campo. La tarde respira con sosiego. El espacio se ensancha desmesuradamente, en su acariciadora transparencia. El crepúsculo fresco y puntual, se aproxima. Las bestias, cansadas de roer, se detienen y quizás reflexionan. Los árboles parecen soñar, balanceando apenas su follaje. Me temo que se trate de una paz fingida: bajo tierra las raíces se estrangulan entre sí; la espesura ahoga los débiles tallos, y por todas partes hay plantas amarillentas que se mueren de sed. De cuando en cuando una hoja cae, asesinada por sus compañeras. Y esas rápidas y graciosas curvas de los pájaros en el aire no son cosas de juego: en ellas perecen tantos honrados insectos invisibles!

Juan resume largas meditaciones en la siguiente frase:

—Y qué tenemos nosotros que ver con el ministro?

Una mirada furiosa cae sobre aquel sacrílego que se atreve a razonar cuando peligra la patria.

—Si no tuviéramos que ver con el ministro, a qué servirían tantos soldados, tanto cañón, tantos oficiales, y los cuarteles, y los parques, y los aprovisionamientos? ¿Los millones que eso ha costado, crees que son para tirarlos al mar? Ahora que se presenta una ocasión de lucirnos, la hemos de perder?

—Sí—dice Juan.—Pero el ministro... Yo no sé bien lo que es un ministro... ¿Tú lo sabes?

Un ministro es algo complicado. Los dos hombres caminan en silencio. En su torno hay una gran calma, penetrante y dulce. La noche baja tranquila. Todo se recoge y enmudece. La naturaleza prepara en la sombra sus horrores habituales.

—Yo sé lo que es un ministro, Juan; lo malo es que no soy capaz de darme a entender. Y te diré la verdad: se me figura que tienes miedo. Eres un cobarde. Debería pegarte un tiro.

—Cobarde yo?—dice Juan, temblando. Acaso no abandoné casa, chacra, mujer, hijos? No te obedecí? Lo cual te probará que soy valiente.

—Si lo eres, si eres chileno, mata peruanos.

—Mataré cuantos pueda.

Al fin, de noche cerrada,, ganan el batallón. Allí se le arma a Juan Caballero. Le ponen machete al cinto, y en las manos un fusil de siete disparos. Siete! Siete vidas que apagar con el dedo, como si fueran moscas.

Entonces Juan se siente fuerte, se siente hombre. De pronto comprende lo que no comprendía. Se dirige al hermoso militar reclutador, y le vocifera:

—Muera Bolivia!

—Cómo?

—Digo... Muera el Perú!

Rafael BARRETT.

La verdad desnuda

Los hombres son juzgados, no por las cosas que prometen realizar, sino por las que realizan.

Estudiemos si queremos pensar con nuestra cabeza. Uno de los grandes males que han afligido siempre a la humanidad es la ignorancia y el fetichismo hacia los apóstoles infalibles.

El que no tiene noción del ambiente en que vive, ni se conoce a sí mismo, es solamente un hombre a medias.

El heroísmo del que muere por sus principios, es relativamente fácil. Lo difícil es luchar toda la vida para realizarlo, desafiando las amenazas de los poderosos y desechando sus favores.

Es verdad axiomática que podemos confiarnos, con seguridad, a aquellos cuyos intereses son idénticos a los nuestros, y que es peligroso fiarse de las personas entre cuyos intereses y los nuestros hay antagonismo.

SPENCER.

El militarismo y la idealidad patria

El ejército, formado por necesidades y a exclusiva conciencia de las clases dominantes, ha sido el encargado de dominar toda tentativa de independencia y libertad de los subyugados. Para esto se ha puesto la dirección del ejército en manos de una categoría de individuos privilegiados, sostenidos con grandes sueldos y lisonjeados por altos honores, y la masa numerosa que lo componía fué sometida en manos de ellos.

El ejército fué el encargado de mantener el despotismo, la tiranía y la desigualdad de clase, y para ello se formó sobre una base férrea de desigualdad, tiranía y despotismo. Esencia e imagen del régimen de los amos, tuvo que formarse sobre un carácter de identidad con el sistema que defendía.

Pero como las clases privilegiadas o ricas no hacen ellas funcionar sus máquinas, sus medios de transportes ni labrar sus tierras, sino que lo hacen con brazos ajenos, así el ejército, no fué compuesto exclusivamente de hijos de las clases dominantes; al contrario, su núcleo principal, fué formado por trabajadores, y sólo los altos grados, la dirección es lo que se conservaron los amos. De este modo, los subyugados, lo estaban por obra de sus propios hermanos armados e instruídos para tenerlos subyugados por cuenta de los ricos, mediante el simple sostén del soldado, con una ración miserable y un alojamiento estilo de prisión, que es mil veces inferior a la retribución dada a los directores de esas fuerzas armadas.

Con objeto de hacer posible semejante condición anormal e inconcebible, se inculcó en las mentes sencillas de la infancia el respeto al jefe, el amor a la patria, el orgullo de la nacionalidad, caretas con las cuales se escondía un interés de dominación, un recurso de conservación del poder económico.

Así fué el pasado y así es también en el presente. La burguesía, el capitalismo, que vino a vencer el poder feudal en nombre de la libertad; que en sus principios sustentaba la igualdad de los pueblos, la desaparición de las naciones y la fraternidad universal; la desaparición de toda forma de violencia y de opresión, no bien tuvo el poder económico y político en sus manos, dentro de cada nación no pensó en otra cosa, que no fuera aumentar sus riquezas por la explotación, y redobló su poder de dominación por el engrandecimiento del ejército y el perfeccionamiento de las máquinas de matanza, que han alcanzado un grado de progreso sorprendente.

Vencidos los sistemas antiguos y substituídos por los modernos democráticos, el ejército, que era un servicio de los nobles principalmente, tomó el mismo carácter democrático de las instituciones, es decir, fué compuesto por obreros mayormente, a los cuales se impuso el deber de defender el capital, so pretexto de que defendían las leyes que le daban derechos de ciudadanos y de hombres libres.

La idealidad patria es el recuso mental, con que la burguesía disfraza hábilmente sus intereses para hacerlos defender con fanatismo, como una cosa sagrada. Por eso se empeña el Estado, el resorte social de la burguesía, en monopolizar la instrucción, haciendo de ella más que la aparente obra de ilustración, la de inculcación de las ideologías que esclavizarán las mentes, haciendo de cada niño, alumno hoy, el manso ciudadano, soldado y productor de mañana, teniendo en vista al realizar esa obra, una sola cosa. la conservación del derecho burgués, que es la sanción del despojo obrero; de su propio despojo, por ser, ante todo, obrero también.

Su despojo, el de sus compañeros de clase, porque si no estuvieran las tierras en propiedad de unos cuantos burgueses explotadores, estaría al servicio del productor directamente, como las máquinas y todos los elementos de la industria, no servirían para explotar al obrero en beneficio de unos cuantos parásitos, si el derecho obrero proclamado por el Sindicalismo se sobrepondría y vencería al derecho burgués, que se sostiene con el ejército.

León CASTILLO.

Ante la nueva masacre de pueblos

Por obra y gracia de los bandidos que bajo el rótulo de aliados han entrado a saquear la Europa desde hace seis años, hoy se agita nuevamente la opinión del mundo ante la ejecución de los planes elaborados por la canalla más reaccionaria, que como un castigo divino, todavía se sienta sobre las cabezas de los pueblos exangües y los dirige a su antojo.

Como en los negros días de agosto del año 14,—en que el mar arrancó de su fondo las inmundicias pestilentes que arrojó sobre la humanidad, turbando el cerebro, cegando la conciencia y pudriendo el corazón,—hoy- nuevamente se avivan los recuerdos. Surge a los labios la palabra de odio y repugnancia en cambio de los himnos patrióticos que la imbecilidad hizo cantar al pueblo de entonces.

Después del asesinato de pueblos—que engañados dieron toda su sangre, todo su amor y que hoy gimen bajo el azote de la miseria y el hambre,—¿tendrán cara suficientemente dura, los criminales de entonces—dirigentes hoy,—para pedir a esos pueblos nuevos sacrificios?

Los pueblos hambrientos y apaleados después de la guerra, ¿tendrán alma que los lleve a formar las nuevas bandas de asesinos?

¿Las viudas y los huérfanos se presentarán sobre el tablado como símbolos de heroísmo para exaltar los intintos criminales de la masa idiotizada por su inconciencia?... ¡Lo dudamos!

Maldita sea la hora en que estas interrogaciones se cumplan, porque ese será el momento crítico en que se pondrá en juego la estabilidad de los nuevos regímenes que ya alumbran desde el Oriente, a toda Europa.

Del resultado de este nuevo encuentro—alentado con todas sus fuerzas por la Francia de Poincaré, de Clemenceau, de Viviani, etc., que contrasta con la Francia del histórico Luis

Informe de Secretaría

A propósito del enojoso asunto de la actitud del Sindicato de Escultores

RESOLUCIÓN DE LA ASAMBLEA GENERAL DEL SINDICATO DE EBANISTAS

Llevamos a conocimiento de todos los compañeros y especialmente de los no concurrentes a la Asamblea General del gremio, efectuada el 22 de marzo del corriente año, la resolución aprobada por la misma en lo referente al asunto del epígrafe, como asimismo de las razones en que dicha resolución está basada.

Consideramos innecesario, por ser del dominio público, detallar las circunstancias en que se produjo el repudiable hecho de la desaparición del ex contador de la Federación Obrera Regional Argentina, Esteban D. Semería, con los fondos de la misma, confiados a su custodia; desaparición que el mencionado sujeto pretendió justificar por medio de una carta dirigida al camarada ex secretario de la F. O. R. A. la que fué publicada en *La Organización Obrera*, órgano oficial de nuestra entidad central.

En dicha carta manifestaba el sujeto en cuestión haber perdido el dinero o habérsele substraído al dirigirse a efectuar unos pagos. Demás está decir que hubiera sido demasiado ingenuidad prestar fe a tales declaraciones de inocencia, máxime si se tiene en cuenta la actitud asumida por el aludido sujeto posteriormente a la indigna acción por él cometida.

Y tal actitud, a todas luces canallesca, ha sido remarcada recientemente con la publicación de un panfleto que titula "carta abierta" y firmada por el mismo y cuyo contenido es una serie de cargos infamantes e imputaciones calumniosas y denigrantes para la honestidad de algunos compañeros, activos militantes del Sindicato de Ebanistas, y que han ocupado y ocupan actualmente puestos de responsabilidad en el mismo y en el seno del Consejo Federal de la Federación Obrera Regional Argentina.

De los términos vertidos en el mencionado panfleto, se deduce el propósito de su autor de justificarse de su indigno acto de pillaje.

Es de hacer notar la contradicción en que incurre entre la declaración hecha por medio de la carta dirigida al ex secretario de la Federación Obrera Regional Argentna, por la que simulaba la pérdida del dinero y lo que manifiesta en su reciente "carta abierta", por la que pretende hacer recaer la culpabilidad en obreros que han merecido en todo momento la confianza en ellos depositada por el gremio.

Este solo hecho, bastante sugestivo por cierto, es un dato elocuentísimo y que demuestra bien a las claras los fines que persigue el citado individuo, esto es: servir bien a quien le retribuye sus servicios, o sea a la Asociación del Trabajo (ajeno).

Ahora bien; para cualquier trabajador honesto y consciente como asociado a un sindicato federado, lo justo, lo razonable y lógico hubiera sido investigar donde correspondiese lo que hubiera de cierto en tales acusaciones, para luego y una vez en posesión de los datos comprobatorios, cumpliendo con el deber de velar por los intereses de la organización, hacer los cargos en base de las pruebas adquiridas en la misma entidad donde los hechos se hubiesen producido.

Esta actitud hubiera merecido el aplauso de todos los trabajadores celosos de la moralidad que debe existir en la organización sindical.

Sin embargo, no lo ha entendido o no lo ha querido entender así la comisión administrativa del Sindicato de Escultores; por el contrario, sin preocuparse de averiguar la veracidad o inexactitud de las acusaciones vertidas, sirviendo de comparsa a su secretario Fernández, individuo que con sus procedimientos durante su actuación ha demostrado ser fiel intérprete de la Asociación de Expoliadores, erigido por obra y gracia de su charlatanismo con petulancia de "revolucionario", en caudillejo que impone su voluntad en base de un personalismo emergente de su fobia hacia el Sindicato de Ebanistas y en especial modo hacia todo lo que no concuerde con su estrecho punto de vista partidista de politicante sin más guía que su deseo de obstaculizar la buena marcha de la organización obrera, la C. A. del Sindicato de Escultores, como decimos, "obedeciendo" dócilmente al mandato de su "dictador", resolvió reeditar el panfleto de Semería para distribuirlo entre los asociados, a fin de "ilustrar", según el "caudillo", a los mismos.

Es de comprender que para tal "ilustración" hubieran ahorrado el dinero invertido en la reimpresión del panfleto y solicitando de la Asociación del Trabajo (ajeno), el reparto de algunos de los números del pasquín "La Concordia", lo que hubiera sido hecho de muy buen grado por la tan "benemérita" asociación.

Conviene hacer notar que la resolución mencionada, la aprobaba la C. A. del Sindicato de Escultores, estando en trámite en la Federación de Trabajadores en Madera el asunto de la solidaridad del personal de Ebanistas en el taller de Thompson con los tallistas, del mismo taller, en huelga.

En conocimiento de la Comisión Administrativa del Sindicato de Ebanistas la actitud de la misma del Sindicato de Escultores, y considerando que la resolución de la reedición citada, sin pruebas en su favor, implicaba que éste se solidarizaba con la obra pérfida y canallesca de un individuo al servicio del capitalismo, resuelve llevar los antecedentes a la Federación Obrera Local de Buenos Aires y a la Federación de Trabajadores en Madera, a fin de que se intimara a la citada Comisión a reunir al gremio en asamblea y considerando la actitud de la misma, obligase a sus miembros a concretar los cargos con los cuales se solidarizaban y en caso de no hacerlo así, eliminar de su seno al elemento que con su obra calumniosa y difamatoria, se coloca en idéntica situación de los lebreles, al servicio de la clase patronal.

La asamblea general del Sndicato de Ebanistas ha aprobado la resolución de la Comisión Administrativa, ampliándola en el sentido de que ha de esclarecerse la cuestión antes de hacer efectiva la solidaridad requerida por el Sindicato de Escultores y dando facultad a la Comisión Administrativa para que ésta obre en consecuencia.

Cúmpleme informar que en virtud de que una asamblea de Escultores ha aprobado con una mayoría regimentada la actitud de su Comisión Administrativa, la Comisión del Sindicato de Ebanistas, en uso de las facultades otorgadas por la asamblea, ha llevado el asunto al Consejo de la Federación Obrera Local de Buenos Aires, el cual ha resuelto tratarlo en asamblea de delegados de los sindicatos federados.

En dicha asamblea la delegación del Sindicato de Ebanistas, de acuerdo con la resolución de la C. A., ha de plantear el asunto en forma clara y terminante: la eliminación del seno de la F. O. R. A. de todo elemento que se solidarice con la obra difamatoria de los vendidos al capitalismo.

Es esta la medida más conducente a depurar la organización sindical de los traidores, entre los cuales puede mencionarse en primer término, el "caudillo" de los Escultores, apellidado Fernández.

Es necesario salvaguardar la organización de los enemigos que quieren albergarse en su seno con el ropaje de "revolucionarios" de última moda.

TALLER SAGE

Triunfo del Sindicato de Albañiles

Cabe al personal de este taller la satisfacción del deber cumplido al haber contribuído al triunfo de los compañeros albañiles, al comunicar al capitalista que como obreros organizados se negarían a trabajar en el caso de que entrara a la obra de su dirección un solo crumiro, visto lo cual dicho capitalista, ante la actitud altiva del personal, dispuesto a demostrarle el poderío que representa la unión solidaria de los trabajadores, optó por aceptar, salvo algunas pequeñas modificaciones, el pliego de condiciones presentado por los compañeros albañiles.

Pero lo que es más digno de mencionarse y que demuestra palpablemente la impotencia del capitalismo ante la fuerza incontrastable de la organización obrera, cuando ella se presenta unida solidariamente, es el hecho elocuentísimo de haberse visto obligado dicho burgués a ordenar a los capataces de la obra, que no permitieran la entrada a ningún crumiro de los albañiles, apresurándose, además, a solucionar el conflicto con el respectivo Sindicato.

El Sindicato de Albañiles, por su parte, ha implantado la tarjeta sindical a los efectos de depurar la obra del elemento que se distinguió por su obra carneril, y a dicho control depurativo contribuye el personal de ebanistería no permitiendo trabajar a aquellos obreros que no se encuentren en condiciones con su respectivo Sindicato.

Digna de encomio es, pues, la actitud de este personal el cual ha demostrado prácticamente los beneficios que reporta la unificación del proletariado, en razón de la identidad de propósitos que él sustenta.

TALLER APOLONIO J. ESQUIVEL

Cochabamba 4050

Después de algunas semanas de huelga estos empecinados capitalistas viéronse obligados a conceder al personal el aumento solicitado; además aceptaron la imposición del personal de solicitar los obreros a la Secretaría.

Bien por este personal que ha sabido con su acción doblegar la prepotente avaricia patronal.

TALLER "NORDISKA KOMPANIET"

Guayanas 4385

El personal de este taller consiguió mejorar sus salarios previa la presentación de un pliego de condiciones, que los capitalistas aceptaron rehuyendo de ese modo afrontar la lucha que los trabajadores estaban dispuestos a entablar paralizando la producción.

Esto demuestra a los trabajadores que nada se ha de conseguir imponer a los capitalistas si no es por medio de la unión solidaria emergente de la organización sindical

---

TALLER VAISMAN

Sadi Carnot 570

Este capitalista, que hacía bastante tiempo estaba en conflicto con el Sindicato a causa de haber pretendido rebajar los salarios de los obreros, vióse obligado a capitular.

Después de haberle retirado el personal adventicio que traicionaba a su misma causa, y ante la elocuencia de ver el taller vacío, solicitó una comisión para arreglar, llegando a la conclusión de aceptar las condiciones impuestas por el Sindicato; además aceptó la imposición de pedir los obreros a la Secretaría.

Esperamos que la lección ha de aprovecharle, para no reincidir en su procedimiento.

OTROS TALLERES

Como el anterior, varios "boliches", después de haberse retirado los respectivos personales y ante la perspectiva de no hallar los obreros que los suplantaran, han aceptado las condiciones del Sindicato, previo pedido de los obreros, a la Secretaría.

DE ROSARIO

Triunfo del Sindicato en el conflicto con el capitalista

Después de algunos días de huelga los camaradas de Rosario han conseguido abatir la avaricia capitalista, obligándole a aceptar las condiciones impuestas además del pago de los días perdidos y los gastos ocasionados.

Bravo por los compañeros de Rosario, que han sabido imponer a la prepotencia capitalista sus derechos de productores.

DE BAHIA BLANCA

El Sindicato de Carpinteros, Ebanistas y Similares de la citada localidad, ha enviado la suma de $ 100 para **El Obrero Ebanista** y la misma cantidad para el diario de la Federación Obrera Regional Argentina .

Cúmplenos, por nuestra parte, agradecer el envío, como asimismo la buena acogida que ha tenido nuestro portavoz, esperando modestamente el afianzamiento de dicha organización hermana.

CONFLICTOS EN EL INTERIOR

Avisamos a los compañeros, que se hallan en huelga en Córdoba los obreros del personal del burgués Casella, por lo que invitamos a los compañeros a que notifiquen a la Secretaría en caso de que en el taller donde trabajen envíen muebles para dicho capitalista.

Es necesario hacer práctica la solidaridad entre los trabajadores, aunque la distancia los separe.

DE MENDOZA

Por existir conflictos en dicha provincia conviene que ningún compañero acepte trabajo para dicha provincia sin antes pasar por Secretaría a informarse.

MOVIMIENTO DE SOCIOS

Ingresados

Ebanistas, 88; Lustradores, 33; Silleteros, 4; Tupistas, 1; Maquinistas, 5; Peones, 24. Total: 115 socios ingresados.

Egresados para otros sindicatos, 19.

Periodismo

"EL TRABAJO"

Un núcleo de militantes de los tres sectores en que está dividido el proletariado, ha resuelto, mediante la ayuda financiera de diversos sindicatos, editar un gran diario de la mañana, con el título que nos sirve de epígrafe, a objeto de defender los propósitos unificadores del proletariado contra todos los interesados en que la actual división obrera subsista.

Aparte de este propósito fundamental, "El Trabajo" dará amplios informes sobre la revolución rusa y otros que directamente interesen a la clase trabajadora.

Dado el ambiente favorable que la iniciativa ha encontrado en los sindicatos obreros, puede anticiparse el éxito del diario que anunciamos.

Cotizaciones a Secretaría

Se reitera a los asociados la comunicación del número anterior del periódico exhortando a hacer efectiva las cotizaciones en Secretaría, cumpliendo así con el deber que impone la organización.

XVI,—depende el porvenir político-social del mundo.

Si Estados Unidos anula su concurso comercial y militar—que le permitieron en cuatro años pasar de país deudor a país acreedor, gracias a la extraordinaria habilidad mercantilista de los que hasta ayer gobernaron; si Inglaterra cumple la decisión impuesta por el proletariado al gobierno hipócrita y sanguinario de Lloyd George, de no mover un solo soldado más, la Francia de Poincaré y Cía. pagarán bien caro su militarismo kaiseriano, que ha infestado el viejo espíritu de libertad y justicia tradicionalmente reconocido.

Alemania, armada por los otros bandidos que como las cucarachas viven arrinconados en la sombra, ¿se batirá?

Y si el bloqueo aliado y las inhumanas tarifas aduaneras triunfan, el Hambre, la Miseria y el Dolor enloquecerán al pueblo alemán que precipitará su actual régimen político, implantando el bolcheviquismo, que no demorará en extenderse a Francia, Inglaterra, España, Italia, para darle un buen susto a las jóvenes Américas.

Europa vuelve a los días de luto. Próxima a un precipicio—no sabemos cual.— De sus pueblos depende su suerte.

Mientras tanto, nosotros observamos cuidadosamente el próximo desenlace de esta cruel enfermedad que terminará con una civilización ficticia.

Tomemos lección de esa experiencia, si es que realmente queremos mejorar nuestro sistema político y alcanzar a vivir la justicia social en su plenitud.

Waldino MARADONA (h).

BOYCOTT AL "AVANTI"

TODO OBRERO ORGANIZADO ESTA EN LA OBLIGACION DE NO CONSUMIR LOS SIGUIENTES PRODUCTOS:

AVANTI, REGINA, GENIO, BANDERITA y DESPUNTES

ELABORADOS POR TRAIDORES A NUESTRA CAUSA.

QUE LA SOLIDARIDAD OBRERA SEA UN HECHO, Y PUEDA EN CONSECUENCIA ABATIR LA PREPOTENCIA CAPITALISTA.